

9580

Nov. 24/65

# EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

## BATALLA DE DIABLOS,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

L47 - 5566

# CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloísa.  
Abnegacion y nobleza.  
Ángela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del ataja.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Canizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empenne un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catiina.  
Cárlos IX y los Hugonotes.  
Carniolí.

Dos sobrinos centra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Don artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no esc... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinaque.  
¡Es una mala! ¡  
Kohar por el ataja.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragón.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey García.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sillio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Taitas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfeciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan Sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchón.

Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquilla muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las aparrencias.  
Las gueras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduguesa.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La niña iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoi)  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los niños.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuna.  
La choza del almadrabero.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caña del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
¡Nueven hijos!  
Las dos madres.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.



El autor de esta obra no autoriza para su representacion á ninguna empresa, sin que antes se entienda con D. Luis Muriel, que vive en Madrid, calle del Baño, núm. 13, tercero derecha.

Tampoco se permitirá poner en escena la obra, sin la música de D. José Arche.

---

En los teatros en que falten actores para todos los papeles, pueden doblarse del modo siguiente: Alberto y hombre 4.º; Retrato, Franvally y hombre 5.º; Blondel y Pedro Botero; Clarenzal y hombre 3.º; Legado y hombre 4.º; Diablo de dos caras y diablos; Minos y hombre 2.º

95-8

# BATALLA DE DIABLOS,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON ENRIQUE ZUMEL,**

Representada por primera vez en el teatro de Noveda des el 15  
de Noviembre de 1865.

MÚSICA DE D. JOSÉ ARCHE,

DECORADO Y MAQUINARIA

**DE DON LUIS MURIEL,**

Trajes fantásticos de transformacion

**DE D. JOSÉ SALDIVAS,**

BAILES

**DE D. ANTONIO GUZMAN.**



*Jose Rodriguez*

**MADRID:**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

**1865.**

# BATAJIA DE DIABLOS

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

INDICE

ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

PERSONAJES

DE DON JOSE SARDIAS

ACTO

DE DON ANTONIO GUEMAN

DE DON ANTONIO GUEMAN

INDICE

PERSONAJES

AL NOTABLE PINTOR ESCENÓGRAFO

DON LUIS MURIEL.

---

Querido Luis: tú te has encargado de poner en escena esta obra: no sé cómo la recibirá el público; más que en ella, confío en el magnífico decorado que te he visto pintar; si el éxito es favorable, tuya será la mayor parte del triunfo; quiero que conste en esta página el parabien anticipado que te da el cariño y la justicia de

*El Autor.*

AL SEÑOR DON JUAN DE LOS RIOS

DON JUAN DE LOS RIOS

Querido Juan: es la mas encorajada de pavor  
en cuanto esta obra: no se como si recibas el  
mensaje mas que en ella, puesto que el mensaje  
debe ser para la vida eterna; si el alma esta  
vibrando para que se mueva para el mundo  
pues que consiste en esta pagina el mundo en  
siempre que se da el mundo y la justicia

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con las supresiones hechas.

Madrid 8 de Agosto de 1865.

El censor de teatros,

NARCISO SERRA.

Quedan hechas las supresiones que indica la censura.

EL AUTOR.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELVIRA.....	D. <sup>a</sup> FELIPA DIAZ.
LUZBEL.....	D. <sup>a</sup> DOLORES CARCELLER.
DIABLA 1. <sup>a</sup> .....	D. <sup>a</sup> ANTONIA NAVARRO.
DIABLA 2. <sup>a</sup> .....	D. <sup>a</sup> CAROLINA CRESPO.
GABRIEL.....	D. EDUARDO CORTÉS.
PEÑASCO.....	D. JOSÉ BANOVIÓ.
EL DIABLO COJUELO...	D. MANUEL VEGA.
PLUTON.....	D. ANTONIO CHAVARRIA.
RICARDO, CORAZON DE LEON.....	D. CÁRLOS SANCHEZ.
ALBERTO.....	D. FRANCISCO ARELLANO.
FRANVAL.....	D. VICENTE YAÑEZ.
BLONDEL.....	D. DONATO JIMENEZ.
CLARENZAL.....	D. NEPOMUCENO ESPAN- TALEON.
UN LEGADO.....	D. ATANASIO MARÉ.
UN DIABLO CON DOS CA- RAS.....	D. MANUEL CÓRCOLES.
MINOS.....	D. VICENTE SANCHEZ.
UN RETRATO DE SEÑORA.	
UN RETRATO DE CABALLERO.	
PEDRO BOTERO.	
HOMBRES 1. <sup>o</sup> , 2. <sup>o</sup> , 3. <sup>o</sup> , 4. <sup>o</sup> y 5. <sup>o</sup>	
UN DIABLO..	} No hablan.
RADAMANTO..	
EACO.....	
UN JUEZ.....	
UN USURERO..	
UN MÉDICO..	
UN MARIDO..	
DOS SEÑORAS	

Diablos, diabras, guerreros, pajes, caballeros, pueblo,  
damas, valientes y descuidados.

La accion pasa en Normandia, siglo XII.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Selva agreste: varios matorrales y peñas junto á los bastidores; en los de los últimos términos se verán entradas del monte, que parte por ambos lados: en el fondo un castillo de altas murallas y torreones salientes, de aspecto sombrío; no tendrá ninguna bandera: puente levadizo levantado: foso, que se figura que coge de torreón á torreón. Dos estatuas de piedra á los lados del puente, de un guerrero y un paje.

### ESCENA PRIMERA.

ALBERTO y FRANVAL.

FRANV. Á este monte retirado  
no llega el marcial estruendo.

ALB. Es verdad, pero este sitio  
encierra, amigo, otro riesgo.

FRANV. ¿Y cuál?

ALB. ¿No sabes que aquí  
se hospeda hace mucho tiempo  
la bruja de Normandia,  
que infunde terror y miedo  
en estas comarcas?

FRANV. Si,  
oí contar algo de eso;  
pero no tengo cuidado,

porque en hechizos no creo.  
Sin duda que esa hechicera  
ó bruja tuvo talento  
para poder fascinar  
á los campesinos necios  
de este monte, y su ignorancia  
les abultará el misterio  
de que astuta se rodea  
para alucinarlos.

ALB.

¡Bueno!

podrá ser lo que queráis;  
pero, Franval, es el hecho  
que en este castillo habita  
antiguo, ruinoso y viejo,  
cuyo puente levadizo  
nunca se baja; no vieron  
entrar á nadie jamás,  
ni asomó nunca un guerrero  
por sus almenas, ni alma  
viviente en sus muros gruesos  
se hospeda, mas que la bruja  
que mora en él hace tiempo.

FRANV.

¿Y no ha habido quien pretenda  
penetrar ese misterio?

ALB.

En una ocasion estuvo  
por aqui un aventurero,  
acompañado de un paje,  
hombre de valor inmenso;  
enterado de esa historia  
que de la bruja sabemos,  
quiso penetrar osado  
en el castillo, y tan luego  
como á su puente llegó  
comenzó á llamar muy recio;  
como no le contestaban,  
el amo y paje resueltos  
intentaron penetrar  
por la violencia, queriendo  
pasar por cima del foso  
á favor de unos maderos;  
mas apenas lo pensaron  
los tristes se convirtieron

en dos estatuas de piedra,  
y allí estan.

FRANV. ¡Qué! ¿son aquellos?

ALB. Esos son los desgraciados  
que á tal cosa se atrevieron.

Otra vez, los aldeanos  
de aquese vecino pueblo,  
teniendo miedo á la bruja  
y decididos queriendo  
echarla de esta comarca,  
armados todos vinieron  
á demoler el castillo;  
pero, amigo, fué lo cierto  
que cuando se disponian  
furiosos á demolerlo,  
se quedaron convertidos  
en gran bandada de cuervos,  
que volando por los aires  
desapareció en el momento.

FRANV. Y esos sucesos extraños,  
¿cuándo, amigo, acontecieron?

ALB. Hace seis años.

FRANV. Pues yo...  
¡francamente!... yo no creo  
esas sandeces; sin duda  
que esas estatuas pusieron  
al labrar ese castillo;  
no hubo tal aventurero,  
ni paje, ni son verdad  
esos ridículos cuentos!

ALB. ¡Podrá ser; pero yo opino  
que al instante nos marchemos  
por esos bosques, que aqui  
á la verdad, tengo miedo!

FRANV. ¡Vaya! ¡Parece imposible!

ALB. Alguien se acerca.

FRANV. ¡Y corriendo!

ESCENA II.

DICHOS y PEÑASCO, muy asustado.

PEÑASCO. ¡Socorro! ¡Socorro!

ALB. ¿Qué  
le pasa?

PEÑASCO. ¡Me persiguen!  
Decid, amigos, ¿me siguen  
muchos soldados?

FRANV. ¡No á fé!

PEÑASCO. ¡Ay, Dios! ¡respiro por fin!  
¡qué tremenda algaravía!  
¡qué estruendo! ¡qué griteria!  
¡los disparos del clarín,  
de los caballos las voces,  
los relinchos del ginete,  
uno ceja, otro arremete!  
¡Qué episodios tan feroces!  
¡El jurar de los aceros,  
el crujir de los heridos,  
de los muertos los gemidos!...  
¡he pasado instantes fieros!

ALB. ¿Mas qué trapionda es  
la que contaís? ¡Por mi nombre!...

FRANV. ¡Sin duda es loco este hombre,  
que todo lo habla al revés!

PEÑASCO. ¿Conque digo?...

ALB. Disparates.

PEÑASCO. ¡Solo falta que esta gente  
me lleve como demente  
á alguna casa de orates!

FRANV. ¿Pero quién sois?

PEÑASCO. ¡Un menguado!

¡un cobarde sin segundo,  
que corro por este mundo  
siempre triste y asustado!  
Peñasco tengo por nombre  
y mi fortuna se empeña...  
¡quisiera volverme peña,  
que mejor es que ser hombre!

Sirvo á un loco muy valiente  
que anda á caza de aventuras,  
y que todas sus locuras  
pago yo, siendo inocente.  
Supo que Felipe Augusto  
tiene guerra con Ricardo,  
y exclamó... «¡de furor ardo!  
¡ir á la guerra es mi gusto!»  
Quise resistirme yo  
á venir; ¿cómo negarme?  
me amenazó con matarme  
si me quedaba.

ALB.

¡Hombre!

PEÑASCO.

¡Oh!

¿Quién le mandaba venir  
á buscar guerras y horrores,  
y traerme á mí, señores,  
que es lo mas grande... á morir?  
Porque en tanta chamusquina  
como se mete arrojado,  
un día moriré asado  
lo mismo que una sardina!

FRANV.

¿Segun eso en el combate  
habeis estado?

PEÑASCO.

¡Si vengo

de allí, y al miedo que tengo  
ya mi corazon se abate!

¡Ah! yo quisiera encontrar  
dónde esconderme; un asilo  
donde respirar tranquilo,  
si me es dado respirar!

Mas un castillo hay allí;  
pediré hospitalidad. (Va á él.)

ALB.

¡No os acerqueis!

PEÑASCO.

(Retrocede asustado.) ¡Qué!

ALB.

¡Apartad!

¡le habita una bruja!

PEÑASCO.

(Temblando.)

¿Si?

¡Dios mio! ¡Por todas partes  
he de hallar!... ¡maldito miedo!

¡Si desecharle no puedo  
nunca!

FRANV. Temed las artes  
de esa fatal hechicera,  
y huid de este sitio.

PEÑASCO. ¡Bueno!  
mas vos que os hallais sereno  
guiadme. ¡Si consiguiera  
estar una vez tranquilo!  
¡Salvadme por caridad!  
¡que tengo, considerad,  
pendiente el alma de un hilo!

(Aparece sobre el torreón de la derecha Elvira, vieja: viste un túnico encarnado con caperuza id. Alberto la ve.)

ALB. ¡Ah! ¡La bruja!

FRANV. ¡Jesucristo!

ALB. ¡Huyamos! (Vánse.)

### ESCENA III.

PEÑASCO, ELVIRA en el torreón.

PEÑASCO. (Temblando.) ¡Pues yo tambien! (Va á irse.)

ELVIRA. ¡Peñasco, detente!

PEÑASCO. ¡Oh!  
¡sabe mi nombre!

ELVIRA. ¡Lo sé!

PEÑASCO. (¡Quisiera huir, y de miedo  
no puedo mover los pies!)

ELVIRA. ¿Estás temblando?

PEÑASCO. ¡Yo, no!

ELVIRA. ¿Tienes miedo?

PEÑASCO. (Temblando mas.) ¿Yo?... ¿de qué?

ELVIRA. ¡Que tiembles, es evidente;  
sin duda de pavor es!  
¡no hay por qué!

PEÑASCO. ¡Si, ya lo creo!

¡Está claro! ¿Qué ha de haber?  
¡Es que yo nací en Tembleque;  
y como que no hay el qué,  
faltando ese qué, aunque peque,  
Tembleque, queda en temblé.

ELVIRA. Tengo que hablarte.

- PEÑASCO. (¡Ay!) ¿Á mí?
- ELVIRA. ¡Si tal!
- PEÑASCO. ¡Mas si yo á usarcé  
no conozco, ni la he visto!
- ELVIRA. Eso no importa; sé bien  
quien eres, porque te oí  
há poco el relato hacer,  
y tengo mucho que hablarte.
- PEÑASCO. ¡Estais tan alta!
- ELVIRA. No es  
obstáculo; que al momento  
á tu lado bajaré.  
¡Mira!  
(Baja el torreon con ella hasta dejarla en el tablado.)
- PEÑASCO. (Temblando.) ¡Dios! ¿Qué es lo que veo?  
Me hallo en mi pueblo otra vez!
- ELVIRA. Tranquilízate, Peñasco;  
no tienes por qué temer,  
porque yo á tu lado estoy.;
- PEÑASCO. (¡Bonita compañía á fé!)
- ELVIRA. ¿Quién es tu amo?
- PEÑASCO. Es un hombre.
- ELVIRA. ¿Cómo se llama?
- PEÑASCO. Gabriel.
- ELVIRA. ¿Y su apellido?
- PEÑASCO. Inclusero  
pienso, señora, que es:  
há tres años que le sirvo  
y le quiero, y le soy fiel;  
si escribe cartas, se firma  
Gabriel solamente.
- ELVIRA. ¿Y bien?
- PEÑASCO. Todo el que le hablé, le dijo  
á secas siempre, Gabriel.
- ELVIRA. ¿Es jóven?
- PEÑASCO. Sus treinta años.
- ELVIRA. ¿Gallardo?
- PEÑASCO. ¡Si que lo es!
- ELVIRA. ¿Valiente?
- PEÑASCO. ¡Como ninguno!
- ELVIRA. ¿Preocupado?
- PEÑASCO. Solo sé

que está siempre peleando,  
y que á mí me quiere hacer  
muy valiente: un imposible  
es pensarlo, que aunque él  
me lleva siempre consigo  
y se empeña... ¡pero qué!  
en cuanto empieza la danza  
se me disparan los pies,  
y corro mas que los gamos  
que los cazadores ven.

ELVIRA. ¡Enamorado?

PEÑASCO. ¡Un cupido!  
Como que no habrá mujer  
á quien él no le haya dicho  
cuatro piropos ó diez.

ELVIRA. ¡De qué país?

PEÑASCO. Español.

ELVIRA. ¿Y cómo si español es  
se encuentra en la Normandia?

PEÑASCO. ¡Francamente lo diré;  
porque es lo mas revoltoso,  
mas trueno y mas... ni Luzbel!

ELVIRA. ¡No le nombres! (Con horror.)

PEÑASCO. ¡No le nombro  
si no le agrada á usarcé!  
(¡Le defiende! ¡Es una diabla  
disfrazada de mujer!)

ELVIRA. ¡Prosigue!

PEÑASCO. (¡Me huele á azufre!)

Corriente, proseguiré.

Por una intriga de amores...

¡oh, qué noche tan cruel!

Yo del jardín en la puerta,

sus palabras escuché;

ella amante, le decia...

«¡No me abandones, Gabriel.

—Él, jamás, mi doña Juana!»

Mas cátrate que un doncel

los sorprende; en el momento

á un tajo siguió un revés,

y mi amo me dijo;—«¡Huyamos!

—¡Le mataste?—¡Le maté!»

Salimos de España huyendo;  
pusimos en Francia el pié,  
y á poco en París tuvimos  
otro lance mas cruel.

Allí se llamaba Fanny  
la amada de don Gabriel,  
y por esta otra pendenci  
tuvimos; en ella, tres  
sucumbieron á las iras  
de mi amo, y otra vez  
vuelta á huir.—«¡Á Normandia!  
allí tendremos que hacer!—  
me dijo—porque allí hay guerra!»  
y por eso aquí nos ves.

ELVIRA. ¡Conque enamorado!

PEÑASCO. ¡Digo!

ELVIRA. ¡Emprendedor!

PEÑASCO. ¡Ya se vé!

ELVIRA. ¿Qué te parezco?

PEÑASCO. ¡Muy mal!

ELVIRA. ¿Cómo?

PEÑASCO. ¡No! ¡Me equivoqué!

un poco vieja... ¡tampoco!

Perdóneme su merced,

pero no sé lo que digo...

¿y cómo?... nunca podré...

tengo una angustia... una pena...

estoy ardiendo de sed...

(¡De miedo!)

ELVIRA. Pues bebe agua.

PEÑASCO. ¿Pero dónde, si no... (Mirando en derredor.)

ELVIRA. ¡Vé!

(Señala un peñasco, del que brota una fuente: en  
el mismo peñasco aparece un cuerno colgado.)

PEÑASCO. ¡Demonio! Pero esa fuente...

¡Calla! ¡Y un cuerno tambien!

¿Para qué es ese trofeo?

ELVIRA. Para que puedas beber.

PEÑASCO. Puesto que la sed me mata,

voy allá. (Coge el cuerno y se detiene.)

Recelo...

ELVIRA. ¿Qué?

PEÑASCO. Si esa agua endemoniada  
estuviera...

ELVIRA. ¿Á qué temer?  
¡bebe pronto!

PEÑASCO. No se enfade,  
señora bruja: ¡ay! no sé...  
bebamos; ¡resignacion!  
Si el agua nociva es,  
¡paciencia! ¡raro es el caso  
en que me encuentre, pardiez!  
bebamos, y nadie diga  
de esta agua no beberé.  
(Bebe en el cuerno: se oye ruido de armas: Peñasco  
tiembla.)

ELVIRA. ¿Oyes estruendo de armas?

PEÑASCO. ¡Ay, es verdad! ¿Y qué haré?  
(Desaparece la fuente: Peñasco queda con el cuerno  
en la mano.)  
¡Yo me marchó!

ELVIRA. ¡Nada tema!

PEÑASCO. Yo quisiera no temer;  
mas si vienen y me ensartan  
como á un buñuelo...

ELVIRA. Sabré  
libertarte: estás conmigo.

PEÑASCO. ¡Es verdad!... mas sin querer...

ELVIRA. Ya llegan riñendo.

PEÑASCO. ¡Si!

¡ya llegan!... ¡noventa! cien!  
Vienen combatiendo todos

ELVIRA. Si; y él solo se defiende:

¡es muy bravo!

PEÑASCO. ¡Si lo es!

Pero yo quiero escurrirme.

ELVIRA. ¿No le ayudas?

PEÑASCO. ¿Para qué?

¡si siempre la ayuda mia

es ayudar á caer!

Ademas perdí la espada;

y aunque me precio de fiel,

con este cuerno, señora,

muy poco se puede hacer.  
Si embisto á los enemigos,  
aun corneando muy bien,  
me expongo á que venga un diestro  
que me largue un volapié.

ELVIRA. Ven conmigo. (Cogiéndole de la mano.)

PEÑASCO. ¿Adónde vamos?

ELVIRA. Á sitio seguro: ¡ven!

(Lo lleva adonde se hundió el torreón, el cual sube con los dos.)

PEÑASCO. ¡San Caralampio me valga!  
¡que nos vamos á caer!

ELVIRA. ¡No tema!

PEÑASCO. Si me desnucó,  
entonces no temeré.

#### ESCENA IV.

ELVIRA y PEÑASCO, en el torreón; GABRIEL, combatiendo con-  
tra seis, sale por la derecha.

GABRIEL. ¡No me rindo sin morir!

¡Cobardes! ¡viles!

TODOS. ¡Á él!

PEÑASCO. ¡Ay, que lo van á matar!

ELVIRA. No, que yo le salvaré.

¡Delante de mi castillo

quiero un bosque! (Año.)

(Los seis hombres que combaten con Gabriel se tras-  
forman en árboles.)

GABRIEL. (Sorprendido.) ¡Cielos!

PEÑASCO. ¿Eh?

¡Se volvieron alcornoques  
los contrarios!

GABRIEL. ¡Por mi fé  
que estoy asombrado!

ELVIRA. ¡Mira  
hácia estos muros, Gabriel!

GABRIEL. ¿Qué miro? ¿Mas no es Peñasco?

PEÑASCO. ¡Aquí estamos todos!

GABRIEL. Bien,  
pero...

- ELVIRA. Soy la hechicera  
de esta comarca; merced  
te hice de libertarte  
la vida, como lo ves.  
A todos tus enemigos  
poderosa destruiré.
- PEÑASCO. Yo soy su amigo mejor.
- ELVIRA. ¡Calla!
- PEÑASCO. No vaya á creer...
- ELVIRA. Mas de este favor en cambio,  
¿puedo de tí disponer?
- GABRIEL. Segun.
- ELVIRA. Lo que yo te pida  
solo será por tu bien.
- PEÑASCO. (Pudiera pedirle cosas...  
y estas cosas... mas oiré.)
- GABRIEL. Entonces contad conmigo.
- ELVIRA. ¿Tienes valor?
- GABRIEL. Lo probé  
en cien combates.
- ELVIRA. No importa...
- PEÑASCO. ¡Que si tiene valor él!
- ELAIRA. No te pido ese valor  
que se tiene en la embriaguez  
de los combates; yo quiero  
otro mas grande.
- PEÑASCO. (Asombrado.) ¡Pardiez!
- GABRIEL. Si otro mas grande pretende...
- ELVIRA. ¿Nunca has llegado á temer  
las fantasmas y visiones?
- GABRIEL. Aseguro por mi fé,  
que jamás he conocido  
nada que pavor me dé.
- ELVIRA. ¿Entrarás en mi castillo  
con gusto?
- GABRIEL. ¡Si tal!
- ELVIRA. Si es  
mansion de los condenados,  
albergue de Lucifer...
- PEÑASCO. (¡Qué escucho!) ¡Señora bruja,  
soy cobarde, ya lo sé!  
¡pero yo me quiero ir,

- que tengo mucho que hacer!  
ELVIRA. (Á él.) ¡Calle el necio!  
(Á Gabriel.) ¡Qué contestas?  
no te arrepientas despues...  
GABRIEL. ¡Que no he bajado al infierno  
á combatir con Luzbel,  
porque no sé dónde está!  
ELVIRA. ¡Entra! ¡Lucharás con él!  
(Baja el puente levadizo y Gabriel entra por él.  
Mutacion. Decoracion corta en las zahurdas de Plu-  
ton.)

### ESCENA V.

PLUTON, MINOS, RADAMANTO, EACO, el DIABLO COJUELO  
y varios diables.

PLUTON. ¡Caudillos de mis legiones!  
¡Oh, jueces de mis zahurdas,  
Eaco, Minos, Radamanto,  
en cuyos talentos funda  
el tribunal de justicia  
mi majestad absoluta!...  
Os he convocado á todos  
porque un cuidado me abruma,  
y quiero que ilumineis  
mi razon.

MINOS. Di, ¿qué te apura?

PLUTON. Para todos los delitos  
hay castigo en mis zahurdas,  
y cavernas destinadas  
para mozos y viudas;  
para astutos usureros;  
para las damas lechuzas;  
para sabios que no saben  
y valientes que no luchan;  
para los casados mansos;  
para mujeres impúdicas;  
para jueces sin conciencia;  
para alguaciles con uñas;  
para ladrones de oficio  
que en los caminos madrugan;

para estafadores viles  
que á los necios embaucan ;  
para los reyes tiranos  
y los ministros garduñas;  
y en fin, para los Herodes  
que á los indefensos zurren.  
Para todos los pecados  
aqui hay lugar.

MINOS. ¿Quién lo duda?

PLUTON. Mas hace ya mucho tiempo  
que por el mundo pulula  
una falange menguada  
que todo lo desmenuza;  
polilla de las naciones,  
de los erarios tortura.  
Esos son hombres políticos  
que aqui vendrán sin excusa,  
y aqui no hay lugar.

MINOS. ¿Qué escucho?

PLUTON. La verdad es lo que escuchas.

COJUELO. ¿Acaso por ser políticos  
se condenarán? Se usa  
la política, y se exige  
en las sociedades cultas.

PLUTON. No es, Cojuelo, la política  
que la educacion procura  
ni el sostener una idea  
lo que constituye culpa.  
La que aqui ha de condenarse,  
es la política astuta  
de los hombres que defienden  
doctrinas sin fé ninguna,  
y que atacarán mañana  
el principio por que hoy luchan,  
si el cambio de sus ideas  
para medrar les ayuda.  
Esos que el bien de su patria  
ni le quieren ni le buscan;  
que apóstatas se resellan  
si tal paso les encumbra.  
Esos que van cada dia  
subiendo como la espuma,

- con coro de maldiciones  
pronunciadas por las turbas,  
con la opulencia en la vida  
y el deshonor en la tumba.
- MIXOS. Yo opino porque esas almas,  
deben pasar, sin disputa,  
su pena entre mercaderes:  
estos cometen la culpa  
de sisar al medir telas  
y de vender con usura:  
y esos otros, la conciencia  
venden con frialdad impúdica,  
sisando el bien de su patria,  
que es la sisa mas absurda.
- COJUELO. Yo opino que con venteros  
y fondistas se confundan;  
estos, dan gato por liebre;  
y cuando esos hombres luchan  
demostrando unas ideas  
que luego truecan por muchas,  
dan gato por liebre al pueblo  
que ignorante los encumbra.
- PLUTON. Dispondré un departamento  
donde retirados sufran;  
el olvido y el desprecio  
será la espiacion mas justa;  
comidos por la gangrena  
de sus conciencias sucumban,  
y no infesten con su aliento  
la paz de nuestras zahurdas!  
Á otra cosa; ya sabeis  
que el infierno siempre busca  
la ocasion, para influir  
en las mundanas locuras.  
Sabeis que Felipe Augusto  
logró con gloria y fortuna,  
con Ricardo, en Palestina  
abatir las huestes turcas.  
Mandé la envidia á sus pechos;  
que la envidia, cual ninguna  
indispone á los amigos,  
y mas, cuando fama buscan.

Después, estuvo Ricardo  
prisionero; y con ayuda  
de su hermano Juan sin Tierra,  
Felipe con saña injusta...

COJUELO. Yo, señor, se la inspiré.

PLUTON. Entróse en la tierra suya  
quitándole muchos pueblos:  
Ricardo hoy libre, procura  
vengarse de su enemigo;  
recobrar lo que le usurpan.  
Juan, cobarde, se arrepiente  
al ver que su hermano aguza  
sus armas para vengarse;  
pídele perdón; le escuda  
la intercesión de la reina,  
y al fin, Ricardo le indulta.  
Pretende el Papa mediar  
para que cese la lucha  
que asola la Normandía,  
y es preciso con astucia  
inspirarles el rencor;  
que la guerra no concluya;  
con ella ganamos almas,  
y nos conviene.

MIXOS. ¡Sin duda!

COJUELO. ¡Encendamos sus pasiones!

PLUTON. ¡Que la guerra los confunda!

## ESCENA VI.

DICHOS, LUZBEL.

LUZBEL. ¡Vengo á reclamar justicia!

PLUTON. ¿Justicia pides? Entiendo

que no será contra tí:

todo el mundo hace ya tiempo,

«¡Justicia y no por mi casa!»

exclama en son lastimero.

¡Difícil es alcanzarla;

conseguirla fuera nuevo,

porque anda tan escondida

que pocos la ven el pelo!

- LUZBEL. Es preciso que parezca,  
pues la reclamo resuelto.  
Ya sabes que el encargado  
he sido por tu decreto  
de quebrantar la virtud  
de la princesa que tengo  
encantada en un castillo,  
porque tú te habias propuesto  
proteger al que la usurpa  
la posesion de su reino.
- PLUTON. Es porque yo de ese modo  
tengo á su alma derecho;  
mas al par, quise que ella  
pecase, para que luego  
venga tambien á ocupar  
su lugar en el infierno.
- LUZBEL. Pues bien, señor; hay un diablo,  
y aqui presente lo veo,  
que la ha dado un talisman  
de tan misterioso efecto,  
que al instante me conoce  
cuando á ella me presento  
sea en la forma que fuere.
- MINOS. ¿Es posible?
- PLUTON. ¿Será cierto?
- LUZBEL. ¡Aun hay mas! ¡Esa mujer  
con el talisman, ha hecho  
que entre en el castillo un jóven  
es valiente y extranjero;  
arrojado como pocos;  
tan bizarro como bello!
- PLUTON. ¿Qué escucho! Si al subterráneo  
llega á bajar indiscreto,  
puede hallar el talisman  
poderoso, que hace tiempo  
se encuentra allí sepultado,  
y puede mas que los nuestros.  
¡Solo un jóven de esas prendas  
ha de lograr poseerlo  
segun la tradicion: pronto!  
¡hay que impedirlo!
- TODOS. ¡Al momento!

- PLUTON. ¿Quién es el diablo que osado  
oponiéndose á mi empeño  
protege á esa doña Elvira?  
¿Quién es?
- LUZBEL. ¡El diablo Cojuelo!
- PLUTON. ¡Tú, miserable!
- COJUELO. ¡Yo he sido!  
Mas óyeme, que mi intento  
fué prestar un gran servicio  
con mi lealtad á tu imperio.  
Luzbel está enamorado;  
y como ese sentimiento  
está á los diablos prohibido,  
viéndole yo amante ciego  
y por tales amores  
no hará nada de provecho,  
á Elvira me he presentado  
como pastor; hace tiempo  
que la he dado el talisman  
para interesar su pecho:  
este talisman, no alcanza  
á que ella logre el intento  
de salir de ese castillo  
donde vive padeciendo,  
ni á que pueda recobrar  
su belleza; me he propuesto,  
libre de pasion mezquina,  
hacerla que peque presto,  
y traerla á la zahurda.
- LUZBEL. Miente, señor, que no es cierto  
que yo me haya enamorado;  
es falso, y estoy dispuesto  
á demostrar mi inocencia.
- COJUELO. ¿Diablo inocente?
- PLUTON. ¡Silencio!
- LUZBEL. ¡Señor! ¡Al oír la calumnia,  
ya contenerme no puedo;  
debo defender mi honor!
- PLUTON. ¡Defender tu honor!... ¡Qué bueno!  
¡Pobre honor inofensivo,  
que te toman por pretexto  
para sus menguados planes

en el mundo y el infierno!  
LUZBEL. ¡No ha servido á tus zahurdas  
jamás el diablo Cojuelo  
ni la legion que le asiste,  
como yo siempre lo he hecho!  
¡Yo solo me he desvelado  
por la gloria de tu reino,  
mucho mas que diablos torpes  
que en vez de almas, para el fuego  
traen carbon!

PLUTON. ¡Calla, menguado!  
¡Aquí de carbon no hablemos;  
se ha hablado mucho en el mundo  
de ese asunto, que es muy negro!

LUZBEL. ¡Y no tiramos la piedra!

COJUELO. ¡No, se la comen!

PLUTON. ¡Silencio!

Nada de carbon ni piedras,  
que son artículos feos!  
Ahora, lo mas importante  
es que no se pierda tiempo,  
ó impedir que el talisman  
llegue á hallar ese mancebo.  
¿Entró solo en el castillo?

LUZBEL. Un criado ó escudero  
le acompaña.

PLUTON. Tú, Luzbel,  
tomarás la forma presto  
de una dama joven, bella:  
buscarás á ese extranjero:  
harás que te ame; está Elvira  
allí por su encantamento  
muy vieja y desfigurada;  
no ha de cautivar el pecho  
de ese joven arrojado,  
y tú puedes atraerlo.  
Así ganarás su alma,  
y la de ella, Cojuelo:  
y que juntas á penar  
vengan despues; que Botero  
tenga para su caldera  
las víctimas que deseo.

Al criado, que le traigan  
á estos sitios al momento,  
y que en las formas mas bellas  
las diablas de mas ingenio  
cautiven su corazon;  
que aunque será alma de necio,  
siempre es alma que se trae  
y algo se gana con ello!  
Tú, Luzbel, á transformarte  
en dama de buen aspecto; (Gritos dentro.)  
¿pero qué rumor se escucha?  
¡al parecer son lamentos!

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Socorro! ¿adónde me lleva...

PLUTON. Pero ya viene el criado.

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Voy á morir estrellado!

¿Hay mas desdichas que lluevan

sobre mí? ¡qué atrocidad!

¡Vaya un infernal capricho!

¡No vuela poco este bicho!

¡ay! ¡ay! ¡qué barbaridad!

PLUTON. Que soy servido confieso  
con prontitud.

LUZBEL. Maravilla

no es.

PEÑASCO. (Dentro.) ¡Que me hacen tortilla  
si me sueltan!

VOZ. (Dentro.) ¡Ahí vá eso!

(Baja un monstruo alado y arroja por la boca á Pe-  
ñasco; que cae en la escena.)

## ESCENA VII.

DICHOS y PEÑASCO.

PEÑASCO. ¡Demonio! ¡vaya una broma!

¡ay! ¡Llego desvencijado!

¡cuánta gente! ¡qué he mirado?

¡si son diablos, tiemblo!

COJUELO. (Presentándole un tridente.) ¡Toma!

PEÑASCO. ¿Que me da?

PLUTON. ¿Te maravilla?

supuesto vienes cansado,

para que escuches sentado  
te da ese diablo una silla.

(El tridente se transforma en silla.)

PEÑASCO. (Sentándose.) Pero vos teneis corona.

¿Sois rey?

PLUTON. ¡Del infierno, sí!

PEÑASCO. ¡Conque en el infierno di  
con mi molida persona!  
¡Si parece una patraña!  
¿Conque siendo rey y todo,  
muy afable y con buen modo  
me mandais sentar? Me extraña,  
y á la verdad me confundo;  
¿quién me dijera algun dia  
que mas política habria  
entre diablos que en el mundo?  
¡Darme una silla... me espanto!  
que he visto gobernadores,  
alcaldes y regidores,  
que no hicieran otro tanto!

PLUTON. Les ciega la vanidad  
y les trastorna el baston;  
que á la buena educacion  
no excluye la autoridad.  
¿Tú sabes á qué has venido?

PEÑASCO. Me es imposible saber...  
si vine, podeis creer  
que á la fuerza me han traido.  
¿Es que estoy ya condenado?  
si acaso, es una injusticia;  
si he pecado, es sin malicia,  
¡que de miedo habré pecado!

PLUTON. No es tan aciaga tu suerte;  
al mundo te volverás,  
y por aqui tornarás  
quizá, despues de tu muerte.

PEÑASCO. ¿Despues de mi muerte?

PLUTON. Si.

Si es que no te salvas.

PEÑASCO. ¡Oh!

quisiera no volver...

PLUTON. ¿No?

PEÑASCO. Á parecer por aquí.  
Porque mi mente imagina  
que aunque una silla me den,  
aquí no me irá muy bien;  
¡qué me huele á chamusquina!

PLUTON. ¿Tienes un amo?

PEÑASCO. Lo tengo.

PLUTON. ¿Cómo se llama?

PEÑASCO. Gabriel.

PLUTON. ¿Es honrado?

PEÑASCO. Y es muy fiel,  
pero mal con él me avengo;  
que comete unas locuras  
y unos combates emprende,  
que me asusta y me sorprende  
con sus locas aventuras.

PLUTON. ¿En un castillo se halla?

PEÑASCO. ¡Justo! con una hechicera,  
que cual si fuese de cera  
hizó plegar la muralla.

PLUTON. Está bien: pues yo he querido,  
Peñasco, que huesped seas  
aquí, y el infierno veas;  
que para eso te han traído.

PEÑASCO. Gracias mil, señor monarca:  
pero es tierra muy caliente,  
y yo soy naturalmente  
cálido...

PLUTON. Mi imperio abarca  
muchos climas, ¡ya verás!

PEÑASCO. De mala gana, á fé mia.

PLUTON. De todo, con alegría,  
y ufano disfrutarás!  
para tí Pedro Botero  
no prepara su caldera.

PEÑASCO. Mas señor, saber quisiera  
quien es ese caballero,  
porque pienso tomar notas...

PLUTON. ¿No sabes tú?... ¡Qué ignorante!

PEÑASCO. ¡Alto! ¡comprendí al instante!  
Botero... es que hace botas.

BOTERO. ¡Eh! Yo soy Pedro Botero,

- ¡el diablo de la caldera!
- PEÑASCO. Pues entonces, ¡mejor fuera  
te llamaran calderero!
- PLUTON. Ahora, te quedas aquí;  
tú sin duda oíste contar  
que aquí se viene á penar.
- PEÑASCO. ¡Ay! ¡por desgracia, lo oí!
- PLUTON. Pues te quedas, y contento  
unos meses pasarás;  
muy tranquilo gozarás  
aquí delicias sin cuento.  
(Vánse por la derecha.)

### ESCENA VIII.

PEÑASCO, á poco un DIABLO con dos caras.

- PEÑASCO. ¡Eh! ¡Señor rey!... se marchó,  
y su córte va con él:  
¡ay, qué suerte tan cruel,  
mi destino me otorgó!  
Si yo pudiera escaparme  
sin que me vierán... ¡Dios mio!  
yo tengo calor... y frío...  
Vamos, ¡no acierto á explicarme!  
¿Qué delito cometí?  
y solo... ¿por dónde voy?  
Sin duda que en mí no estoy,  
y esto es un sueño... ¡ay de mí!  
¡Mas calla!... ¡horrenda vision!  
(Sale el Diablo.)
- DIABLO. Me mandan para avisarte,  
que ahora piensan obsequiarte.
- PEÑASCO. ¿Y quién os manda?
- DIABLO. Pluton,  
nuestro rey: ¿no lo adivina?  
Pronto, siguiendo mis huellas,  
vendrán aquí las doncellas  
de la reina Proserpina.
- PEÑASCO. ¡Pues qué! ¿Hay doncellas aquí?
- DIABLO. Si tal.
- PEÑASCO. ¡Nunca lo creeria!
- DIABLO. Pues las hay de gran valia.

PEÑASCO. ¡Veré lo que nunca ví!

DIABLO. Las tratarás con respeto,  
y piensa que te conviene,  
por la cuenta que te tiene,  
ser comedido y discreto.

(Al irse, le ve Peñasco la cara que lleva detras.)

## ESCENA IX.

PEÑASCO, á poco las DIABLAS.

PEÑASCO. ¡Mas calle! ¡El ugiar se va,  
y detras lleva otra cara!  
raras cosas segun veo  
aquí en el infierno pasan:  
aquí gastan caras dobles  
los diablos de cierta raza;  
pero al menos se les ve,  
y en esto no nos engañan:  
sabe uno á qué atenerse.  
Así en el mundo no pasa,  
que hay muchos que enseñan una  
pero tienen muchas caras!  
Dijo que vendrán doncellas...  
¡bonita será su casta!

¡Voy viendo que en el infierno  
se encuentran cosas muy raras!  
¡Que pensaban obsequiarme  
ha dicho... mas no veo trazas  
de que nadie venga aquí!

(Salen las Diablas por distintos lados con trajes  
ideales y de buen gusto, pues han de parecerle  
bellas.)

TODAS. ¡Aquí nos tienes! (Rodeándole.)

PEÑASCO. ¡Caramba!  
¿Pero de dónde ha salido  
este batallon de diablas?

DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡Nuestro rey, nos ha mandado  
á obsequiarte!

PEÑASCO. ¡Vaya en gracia!  
¡ay qué diablas tan bonitas!  
qué cuerpecitos... ¡qué caras!

- ¿Y cómo me obsequiareis?  
DIAB. 2.<sup>a</sup> Como quieras...  
PEÑASCO. ¡Cómo... vaya!...  
¡Esto es una tentación!...  
¡no olvidemos que son diablas!...  
¡Bien, que aquí como en el mundo,  
ellas son diablos con faldas!
- DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡Te vamos á festejar  
al punto con una danza!  
PEÑASCO. ¿Si? Pues ocupo la silla  
que me dió vuestro monarca,  
y mientras que yo descanso  
vosotras, danzad, muchachas!  
(Se sienta en un lado, poniendo la silla cerca del  
bastidor para que puedan entrarla á la mutación.  
Bailete fantástico.)
- PEÑASCO. ¡Bravo chicas!  
DIAB. 1.<sup>a</sup> ¿Te ha gustado?  
PEÑASCO. ¡Lo bailais con suma gracia!  
(¡Me va gustando el infierno!)  
¡Son tan bonitas las diablas!...
- DIAB. 1.<sup>a</sup> Pues queremos obsequiarte,  
¿qué apeteces?  
PEÑASCO. Deseara  
comer alguna cosilla,  
porque, chicas, tengo ganas:  
pero no mucho; ¿entendeis?  
á mí con poco me basta:  
algun pavillo relleno  
y alguna botella rancia.  
(Sube un velador con un pavo en una fuente: una  
redoma con vino, tenedor y cuchillo.)
- DIAB. 1.<sup>a</sup> Ya lo tienes.  
PEÑASCO. ¡Es verdad!  
y tiene muy buena cara:  
¡está gordito! Y vosotras,  
¿tomareis una tajada?
- DIAB. 2.<sup>a</sup> No comemos.  
PEÑASCO. ¿No comeis?  
¡Camaleones con faldas!  
Pues trincho mi pajarito,  
porque á mí nadie me manda...

(Al irlo á trinchar se convierte en una calavera de burro.)

¡Canastos! ¡vaya una broma!

(Se rien las Diablas.)

¡Se rien! ¡Si es una gracia!

¡De los tormentos del hombre  
se burlan siempre las faldas!

DIAB. 1.<sup>a</sup> Aquí no se come.

PEÑASCO. ¿No?

DIAB. 2.<sup>a</sup> Solo se bebe.

PEÑASCO. Pues vaya,

á la redoma me atengo;

nó quedará desairada.

(Va á coger la redoma y brota de ella una fuente de fuego, que cae formando una media naranja y girando el velador. Peñasco queda envuelto en el fuego, muy apurado, sin poder salir.)

¡Demonio! ¿qué grados tiene

esta bebida endiablada

que fermenta de este modo?

¡Que me quemó! ¿quién me saca?

Si es vino de los demonios,

¿qué puede ser sino brasas?

(Se rien las Diablas.)

¡Ay! ¡Sacadme, que me quemó!

que quiero salir... ¡caramba! (Cesa el fuego.)

¡Se obsequia á los convidados

de este modo en esta casa?

DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡No tal! te divertiremos:

esto fué broma.

PEÑASCO. ¡Y pesada!

DIAB. 2.<sup>a</sup> Te indemnizaremos pronto.

DIAB. 1.<sup>a</sup> Ahora no quiero que vayas

con nadie, sino conmigo!

(Cogiéndole de un brazo.)

PEÑASCO. ¡Y es muy bonita esta diabla!

DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡No tal, conmigo se viene!

(Cogiéndole del otro.)

UNAS. ¡Conmigo! (1a)

OTRAS. ¡Conmigo! (1a.)

PEÑASCO. ¡Basta!

¡Teneos! que si tirais

- todas de mí con tal rabia,  
me vais á descuadernar.
- DIAB. 1.<sup>a</sup> Á divertirlo me mandan!
- DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡Y á mí tambien!
- TODAS. ¡Como á todas!
- PEÑASCO. ¡Pues es diversion sobrada!  
¡Soltadme! Que una paliza  
con sus tirones me encajan,  
y es diversion por mi vida  
que no me divierte nada!
- DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡No le suelto!
- DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡Yo tampoco!
- UNAS. ¡Ni yo!
- OTRAS. ¡Ni yo!
- PEÑASCO. ¡Condenadas!  
¡Me vais á descuartizar!  
¡Á divertirme no os mandan?
- TODAS. ¡Si, si!
- PEÑASCO. ¡Corriente! ¡Atended!  
¡todas juntas, es bobada!...  
¡Una á una divertidme,  
será diversion mas larga!
- DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡No le suelto!
- DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡Yo tampoco!
- TODAS. ¡Ni yo, ni yo!
- DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡Noramala  
para ellas!
- DIAB. 2.<sup>a</sup> ¡Pues será mio!
- UNAS. ¡Mio!
- OTRAS. ¡Mio!
- TODAS. ¡Mio!
- PEÑASCO. ¡Canallas!  
¡Mio! ¡Mio! Estas doncellas  
se parecen á las gatas!  
¡Me escurro!  
(Se zafa de ellas y echa á correr.)
- DIAB. 1.<sup>a</sup> ¡Vamos tras él!
- UNAS. ¡Qué se escapa!
- OTRAS. ¡Qué se escapa!

(Mutacion: gran salon del castillo; dos anchos pedestales en los primeros terminos, con trofeos de armas, separados de los bastidores, hácia el centro

:

de la escena: entre estos y los bastidores, de grandes sillones góticos: al foro, otro gran trofeo en un pedestal muy ancho y alto.)

## ESCENA X.

GABRIEL y ELVIRA.

GABRIEL. Pero quisiera saber...

ELVIRA. Si eres bravo y caballero,  
al salvar á una mujer  
no debes el riesgo ver,  
si es que quieres...

GABRIEL. ¡Que si quiero.

ELVIRA. Aunque tengo un talisman  
cuyo efecto te ha asombrado,  
me acosa terrible afan:  
mis males no cesarán,  
¡si no eres determinado!

GABRIEL. Señora, maga, ¡ó mujer!  
que es tal mi confusion hoy,  
que ni acierto á comprender  
la realidad de tu ser,  
¡ni sé si despierto estoy!  
Sabe, pues, que yo he nacido  
bajo el mas brillante sol;  
en el suelo mas florido  
de verdes galas vestido,  
¡y ese es el suelo español!  
Los hijos de aquella tierra  
al necio temor ajenos,  
son valientes en la guerra;  
¡y por el llano y la sierra  
siempre se portan cual buenos!  
Yo nací de condicion  
arrojada; impetuosa;  
aquí late un corazon  
que nunca encontró razon,  
para temer poderosa.  
Ya me has visto combatir  
con muchos, determinado  
en el combate á morir:

que prefiero sucumbir  
á demostrarme humillado!  
Mas con todo este valor  
temo, y temer no quisiera;  
no es el peligro en rigor;  
pero me causan pavor  
tus prodigios de hechicera!  
Tú, sin duda extrañarás  
que te lo confiese así;  
pero me sorprenden mas,  
porque en el mundo, jamás  
que hubiese magia creí!

ELVIRA. Si es que estás arrepentido;  
si te ha de faltar valor;  
si no arrostras atrevido  
esta empresa decidido,  
puedes irte.

GABRIEL. Tengo honor,  
que lo acredita mi fama,  
y no he de marchar de aquí!  
ya mi amor propio se inflama!  
para servir á una dama,  
yo, jamás cobarde fui!  
Toda empresa temeraria,  
con gozo arrostré: la suerte  
aunque es inconstante y varia,  
nunca me ha sido contraria:  
mi temor no es por la muerte!

ELVIRA. ¿ ¡Te comprendo! ¡Tú sin duda  
temes destino fatal!  
recelas de darme ayuda,  
porque el poder que me escuda  
algo tiene de infernal!  
¿ s eso?

GABRIEL. ¡Bien puede ser!

ELVIRA. No servirás al averno:  
servirás á una mujer,  
que se ha propuesto vencer  
todo el poder del infierno!

GABRIEL. ¡No te entiendo!

ELVIRA. Entenderás,  
cuando te lo explique.

GABRIEL. ¡Dí!  
ELVIRA. Todo el misterio sabrás:  
por tí mismo lo verás:  
aguarda un instante aqui.

### ESCENA XI.

GABRIEL, á poco LUZBEL en traje de mujer.

GABRIEL. Si esto es sueño que atormenta  
mi razon... ¡Dios poderoso!  
despiértame! tengo miedo!  
Miedo yo! ¡no! me sonrojo  
de pensarlo, de decirlo...  
yo me burlé de los tontos  
que temblaban de las brujas,  
y yo débil como todos,  
siento que late en mi pecho  
hoy mi corazon medroso!  
Si al menos, esa hechicera  
tuviese mejores ojos,  
otro talle... otra figura...  
el amor nos vuelve locos  
y nos inspira osadia...  
pero la miro... y me asombro!

(Aparece Luzbel en uno de los sillones.)

¿Qué es esto? ¿Por dónde  
llegó tal belleza?

¿De dónde ha salido?

LUZBEL.

¿La duda te altera?

Yo soy una dama...

GABRIEL.

¡Es cierto, y muy bella!

LUZBEL.

¡No busco lisonjas!

GABRIEL.

La naturaleza

al Creador del mundo

que así la sustenta,

lisonjear quiso

con su hechura mesma,

formando á ese objeto

tu cara hechicera.

LUZBEL.

No me hables de hechizos,

- ne bien se demuestra  
que en este castillo  
por uno te encuentras.  
GABRIEL. Es cierto.
- LUZBEL. ¿Y te asusta?
- GABRIEL. ¡Oh! jamás temiera  
peligros sin cuento  
si por tu belleza...
- LUZBEL. Yo no doy peligros  
para que me teman.  
Valiente te ha visto  
la odiosa hechicera  
que en este castillo  
domina cual dueña,  
y quiere tus bríos  
poner á la prueba,  
do quizá te aguarda  
la muerte sangrienta.  
Yo aquí soy cautiva:  
¡me esclaviza ella!  
Te he visto gallardo;  
me ha causado pena  
el que así te expongas  
en maldita empresa.  
Yo quiero salvarte;  
quiero con presteza  
que á unos subterráneos,  
si es que no te aterra  
su aspecto sombrío,  
bajes.
- GABRIEL. ¡Habla, ordena;  
yo me atrevo á todo!  
Si vives opresa,  
sacarte prometo.
- LUZBEL. ¡Á mucho te arriesgas!
- GABRIEL. ¡Tu acento; tu rostro,  
mi ser encadena!
- LUZBEL. ¿Por qué?
- GABRIEL. ¡Por hermosa!
- LUZBEL. ¿Te agrado?
- GABRIEL. ¡Por fuerza!  
¿Quién, di, te mirara

sin que no sintiera  
el fuego que siento  
correr por mis venas?  
¡Mándame! ¡Soy tuyo!

LUZBEL.

¡Servirme deseas?  
¡Pues ven á este lado,  
si emprender intentas  
la mayor hazaña!

GABRIEL.

¡Iré donde quieras!

(Pasan por detrás del trofeo del foro, quedándose allí la actriz y saliendo instantáneamente por el otro lado con Gabriel una contrafigura tan exactamente igual, que el público no se aperciba del cambio: quedan ella y Gabriel entre el trofeo, y los bastidores figurando que hablan, de espaldas al público.)

## ESCENA XII.

DICHOS y ELVIRA.

ELVIRA.

¡Qué miro! ¡Aquí una mujer!  
Mas ¿cómo ha podido entrar?  
¡Soy perdida si consigue  
á Gabriel enamorar!  
¡Estoy confusa! ¿Qué es esto?  
Esta mujer... ¿cómo está  
en este castillo? ¡Al punto!  
¡aquí de mi talisman!  
¡Trague la tierra á la osada  
que por su suerte fatal,  
á este recinto de horror  
ha logrado penetrar!

(Desaparece por escotillon la contrafigura: todo se transforma en un jardín pintoresco: los pedestales con los trofeos en fuentes: los sillones góticos desaparecen.)

GABRIEL.

¡Qué es esto? ¡Dios! ¡La hechicera!

ELVIRA.

¡Si, yo soy! Tu necedad,  
¡ha pensado que en mi casa  
pudiera yo tolerar  
que cuando aquí has penetrado

para servirme no mas,  
te entregues á otra mujer?  
En este castillo habrá  
una dama sola. ¡Yo!

(Trasformacion general: la fuente del fondo, en un  
carro tirado por cuatro caballos fantásticos, en el que  
aparece Luzbel, de mujer: las fuentes desaparecen:  
quedan columnas formadas por serpientes y girato-  
rias: todo el teatro quedará formando un templo de  
serpientes y pabellones de gasas.)

LUZBEL. ¡Mientes, que te venzo!

ELVIRA. (Hundiéndose por escotillon.) ¡Ah!  
¡Luzbel!

GABRIEL. ¡Estoy asombrado!

LUZBEL. ¡Pues doble te has de asombrar  
como tengas corazon  
y constancia hasta el final!  
¡Aqui una terrible lucha  
hora á comenzarse va,  
y cuanto la maga hiciere,  
mi poder lo deshará!

GABRIEL. ¡Estoy soñando sin duda!  
¡Esto, no, no es realidad!  
Tú, ¿quién eres?

LUZBEL. ¡Soy tu genio  
protector! No dudes mas,  
que gozarás á mi lado  
amor y felicidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Campamento de Ricardo Corazon de Leon á todo foro; tienda de campaña grande en primer término, con las armas de Ricardo I de Inglaterra; varias tiendas de jefes en los primeros términos, y multitud de tiendas que van en disminucion: máquinas de guerra y utensilios de id.

### ESCENA PRIMERA.

RICARDO, BLONDEL, muchos guerreros, y un LEGADO del Papa en traje de camino con su escolta, delante de la tienda de Ricardo.

RICARDO. Estoy dispuesto á escucharos; decid, pues, vuestra demanda.

LEGADO. Á nombre de Celestino tercero, que por la gracia de Dios es Sumo Pontífice, hoy, señor, mi lengua os habla.

RICARDO. Ya sé que sois su legado; hablad pronto.

LEGADO. Pues os manda que ceséis en esta guerra tan feroz y encarnizada, y que un arreglo amistoso

evite nuevas desgracias.

**RICARDO.** Por intriga de Felipe,  
se prolongó en Alemania  
mi cautiverio; entre tanto  
se apoderó con las armas  
de pueblos que fueron míos;  
y hoy que puedo con mi espada  
recobrar lo que me toca  
y tomar justa venganza,  
no acepto negociaciones;  
y podeis decir al Papa,  
que bien pudo interponer  
su autoridad soberana,  
para impedir el desman  
que en mi ausencia se causaba.  
Por tanto, estoy decidido:  
esta es mi respuesta, ¡y basta!

**LEGADO.** Reparad...

**RICARDO.** ¡Nada reparo!

**LEGADO.** Está bien; iré á llevársela.  
Pero traigo otra mision  
de Su Santidad: se halla  
prisionero en vuestras manos,  
segun es pública fama,  
el obispo de Bauvais.

**RICARDO.** Volvió contra mí sus armas.

**LEGADO.** Su Santidad, por mi voz  
al prisionero os reclama:  
dice que hijo de su iglesia,  
no ha de tolerar la infamia  
de ser preso y maltratado.

**RICARDO.** (Á Blondel.) Traed la cota acerada  
que vestía el buen obispo  
al presentar la batalla!

(Entra Blondel en la tienda de Ricardo.)

El que tengo prisionero  
es hombre que blande espada,  
y al usurpador defiende  
en contra de su monarca.

(Sale Blondel con la cota en una bandeja.)

Ahí está su cota: ¡vedla!  
está con sangre manchada:

con sangre que él derramó  
con la punta de su lanza.

Llevad al Papa esa cota:

¡id! que examine esas manchas,  
y reconozca si es traje  
del hijo que me reclama!

LEGADO. ¿No me dais otra respuesta?

RICARDO. Tomad la cota, ¡y llevadla!

LEGADO. (Tomando la cota, y dándola á uno de su co-  
mitiva.)

Que Dios guarde vuestra vida.

RICARDO. Él os conserve en su gracia.

## ESCENA II.

DICHOS, menos el LEGADO y su séquito.

RICARDO. Blondel, ¡que se den las órdenes  
para ponernos en marcha!  
levántese al punto el campo.

(Blondel da la orden á un oficial que se va.)  
Felipe Augusto se halla  
en el castillo de Nesler,  
y dicen que le acompaña...

BLOND. ¿Quién?

RICARDO. Oscar de Romelia.

El bravo que en las cruzadas  
de Palestina, se hizo  
célebre por sus hazañas.  
Que venga Lionel.

BLOND.

Señor,  
sabed que del campo falta  
con algunos de los suyos  
desde ayer. En la batalla  
le vimos salir ileso:  
mas luego en la retirada  
animado con el triunfo,  
siguió con sed de venganza  
al valiente aventurero  
español, á quien la fama  
elogia por su valor  
y su indomable arrogancia;

segun ha dicho un soldad of  
el español que luchaba  
(Se vé en todo el campo levantar las tiendas y for-  
marse las tropas.)  
sin tener de salvacion  
la mas remota esperanza,  
se refugió en un castillo  
en la próxima montaña,  
y el caballero Lionel  
con los suyos no se halla;  
se teme que prisioneros  
en ese castillo...

RICARDO. ¡Basta!

¿Quién le defiende?

BLOND. Se ignora.

RICARDO. Dile á Clarenzal que vaya  
con las fuerzas suficientes  
para asaltar sus murallas;  
su guarnicion á cuchillo  
se pase; y aun si le agrada,  
que ponga al castillo fuego  
y torne á Nesler mañana.

BLOND. Comunicaré las órdenes.

RICARDO. ¡Levántese el campo! ¡En marcha!

(Toca una banda militar una marcha guerrera y van  
desfilando las tropas: primero un tercio con lanzas:  
despues otro de ballesteros: luego otro de maceros:  
luego otro con partesanas: todos los tercios llevarán  
su bandera: detras irán los carros de bagajes y má-  
quinas de guerra, como el ariete y la catapulta.

### ESCENA III

Mutacion. Caverna corta del infierno, á gusto del pintor.

PEÑASCO, la DIABLA 1<sup>a</sup>. con cuernos de oro.

DIABLA. Ya solos estamos;  
pues yo con cautela,  
burlar he podido  
á mis compañeras.

PEÑASCO. ¡Cómo! ¡á tantas diabras  
burlaste?

DIABLA. ¿Te pesa?

PEÑASCO. No tal; me sorprende,  
y hablarte me aterra;  
que eres segun eso,  
mas diabla que ellas.

DIABLA. ¡No seas necio!

PEÑASCO. ¡Gracias!

DIABLA. Solo fui discreta.  
Yo necesitaba  
por poder vencerlas,  
hechizo mas grande  
que mi afan defienda.  
Pluton, nuestro dueño,  
junto al trono encierra  
muchos talismanes  
de virtud inmensa.  
Argos se los guarda.

PEÑASCO. ¡Escúchame, prenda!  
¿Quién es ese Argos?  
bueno es que lo sepa.

DIABLA. Un ser mitológico...

PEÑASCO. ¿Mito... que?...

DIABLA. Que vela,  
pues tiene cien ojos.

PEÑASCO. ¡Bonita cosecha!  
¡si con todos llora,  
chica, nos anega!

DIABLA. Pues yo cautelosa  
emprendí la empresa  
de burlarle osada;  
y sin que lo viera...

PEÑASCO. Si á ese con cien ojos  
burló tu destreza,  
¿qué harías casada,  
con quien dos tuviera?

DIABLA. Siempre son los Argos  
burlados por hembras.

PEÑASCO. ¿Cómo le cegaste?

DIABLA. Mirándole tierna;  
mostrándome hermosa,

que amor encadena,  
y Argos seducido,  
cegó...

PEÑASCO. ¿Quién creyera...

mas aquí sucede  
igual que en la tierra!  
¡El juez; el letrado;  
el rey; el poeta;  
el fuerte guerrero  
y el fiel centinela,  
al ver los encantos  
de alguna belleza,  
la justicia tuercen;  
cantan mil simplezas;  
ablandan sus brios,  
y callan y ciegan!  
Es verdad patente  
que el refran demuestra;  
mas tiran...

DIABLA. ¡Al caso!  
De un talisman dueña,  
yo puedo sacarte  
sin que Pluton quiera  
del infierno.

PEÑASCO. ¡Al punto!

¡Mi alma lo desea;  
todo á chamusquina  
por aquí me apesta!  
Mas yo iré contigo.

DIABLA.

PEÑASCO.

¿Connigo?

DIABLA.

PEÑASCO.

¿Te aterra?  
¿Qué interés te impulsa?...

DIABLA.

Justo es que lo sepas.  
Luzbel por orgullo;  
por loca soberbia,  
cayó de la gracia.  
¡Justa recompensa!  
Mas nosotras, tristes,  
que nuestra existencia  
la debemos solo  
á locos poetas,  
ya que nos crearon

- en medio de penas,  
¿por qué han de impedirnos  
el sentir?
- PEÑASCO. No fuera...
- DIABLA. El amor que cantan  
á nosotras llega;  
ese niño ciego  
que tirando flechas,  
á ángeles y diablos  
los transforma y trueca.  
Tú el único hombre  
que vivo aquí entra...
- PEÑASCO. (Y no haber entrado  
mucho mas valiera...)
- DIABLA. ¡Cautivas mi pecho!  
La amorosa hoguera,  
ya siento me abrasa.
- PEÑASCO. ¡Pues chica, agua en ella!
- DIABLA. ¡Amor infinito!  
¡te adoro!
- PEÑASCO. ¿Sí? (¡Aprieta!  
hé aquí una conquista  
que muchos quisieran!)
- DIABLA. ¡Ámame, Peñasco!  
¡al mando me lleva;  
allí gozaremos  
dichosa existencia!
- PEÑASCO. ¡Arre allá! mas tarde  
querrá en su caldera  
el señor Botero  
freirme.
- DIABLA. ¡No temas!  
Si porque soy diabla...
- PEÑASCO. ¿Me asustas? ¡Por fuerza!
- DIABLA. Dime: ¿no te gustan  
las mujeres bellas?
- PEÑASCO. ¿Si me gustan? ¡Mucho!  
¡Mas tú... no me pierdas,  
que eres del infierno!  
que tu amor condena!
- DIABLA. Pero necio dime:  
¿tú no consideras

- que mujer y diabla  
es la cosa mesma?
- PEÑASCO. ¡Casi me convences;  
que si bien se piensa,  
para ser demonio,  
basta con ser hembra!
- DIABLA. Siempre las mujeres  
al hombre condenan;  
repara la historia  
que principia en Eva.  
Yo puedo enseñarte  
mil cosas diversas,  
que luego en el mundo  
dirijan tus huellas,  
que por ignorancia  
hay muchos que pecan.
- PEÑASCO. ¿Y qué has de enseñarme?
- DIABLA. ¡Si haces la promesa  
de amarme cual quiero,  
porque mucho sepas  
verás los suplicios  
que el infierno encierra;  
verás los pecados  
que aqui se condenan:  
despues en el mundo  
que ya nos espera,  
gocemos felices  
caricias eternas!
- PEÑASCO. Mas con esos cuernos...
- DIABLA. Son de oro.
- PEÑASCO. ¡Aunque sean!
- DIABLA. El honor...  
Si estriva  
en que no se vean,  
vivirás con honra:  
por eso no temas.  
Á mas, tu estás libre;  
soy yo quien los lleva.  
Y si tú me quieres ..
- PEÑASCO. Antes tu promesa  
de enseñarme cosas...
- DIABLA. ¡Mira que te empeñas

- y me perteneces,  
si á mirar empiezas!
- PEÑASCO. ¿Y saldré yo libre  
del infierno?
- DIABLA. Es fuerza,  
pues quiero contigo  
vivir en la tierra.
- PEÑASCO. ¿Y ese talisman  
de virtud inmensa  
podrás emplearlo  
cuando allá te veas  
en pró de mi amo?
- DIABLA. Si tal; como quieras.
- PEÑASCO. (Si yo vuelvo al mundo  
amar será fuerza,  
y mujer y diabla  
es la cosa misma.  
¡Qué diantre! ¡apechugo!  
que si bien se piensa,  
para ser demonio  
basta con ser hembra!)  
Yo tu amor acepto;  
mas antes, me enseñas  
para que en el mundo  
á vivir aprenda,  
y luego á mi muerte  
por aquí no vuelva!
- DIABLA. ¡Peñasco! ¡Mi dueño!
- PEÑASCO. (¡Ya llueven ternezas!)
- DIABLA. ¡Oh! Dame un abrazo.
- PEÑASCO. ¡Bien! Tómallo á cuenta. (Se abrazan.)
- DIABLA. ¡Qué dicha tan grande!
- PEÑASCO. (Sus cuernos me hielan,  
que el amor me asusta  
cuando hay cornamenta!)
- DIABLA. Cumpro mi palabra;  
con que á ver empieza!

(Se abren tres bocas en el fondo; por las que se  
verán tres zahurdas: de estas sale una claridad ro-  
jiza, que contrastará con la oscuridad del telon:  
cada boca, tendrá un forllo de llamas: en la de la  
izquierda, habrá un grupo de condenados llorando

varios diablos de tiempo en tiempo los atormentan con los tridentes. *Son los descuidados.* En el de la derecha estarán los *Valientes*: estos, desesperados, quieren lanzarse á coger espadas desnudas que estarán en el aire, y los diablos con los tridentes se lo impiden: en el centro, hay un grupo formado por los personajes siguientes: *Un juez*, lavándose las manos: *Una dama*, llorando: *Un caballero*, cargado de talegas: *Un hombre* vestido de negro, tirándose de los cabellos. *Un hombre* á quien un diablo pincha con el tridente de continuo. Este grupo estará bajo una cuerda que tienen en alto dos diablos de uno al otro lado, agarrada por las puntas.)

PEÑASCO. ¡Calle! ¡Cuántos condenados!

¡qué grupos tan diferentes!

DIABLA. Aquellos que estan allá...

(Los de la izquierda.)

PEÑASCO. Mucho al parecer padecen.

¿Quiénes son?

DIABLA. Los descuidados.

PEÑASCO. ¿Y por tal delito vienen?

DIABLA. Ellos buscan su disculpa  
pero es vano que la aleguen.

PEÑASCO. Y dime: ¿qué es lo que alegan?

DIABLA. Que murieron de repente,  
y así no tuvieron tiempo  
de arrepentirse.

PEÑASCO. ¿Y no tienen  
razon? Les ha sorprendido  
sin esperarla la muerte...

DIABLA. Ninguno puede decir  
que se ha muerto de repente.  
¿No sabe el hombre al nacer  
que su fin ha de ser ese?  
Cada momento que pasa,  
es un momento que pierde  
de existencia. ¿No vé entierros?  
¿No mira que diariamente  
sucumbiendo sus amigos  
van á la fosa á esconderse?  
¿El mismo sueño diario

- no les recuerda la muerte?  
Pues si todo allá en el mundo  
en morir le hace que piense,  
¿cómo puede alegar nadie  
que se ha muerto de repente?  
Se mueren, de descuidados;  
que el hombre viva bien siempre;  
que siempre se halle dispuesto  
para el momento solemne,  
y no le sorprenderá  
tan de improviso la muerte.
- PEÑASCO. Has hablado como un libro;  
tus razones me convencen.  
(Se cierra la izquierda.)
- DIABLA. Pues ahora, mira á aquel lado.  
(Por la derecha.)  
aquellos son los valientes.
- PEÑASCO. ¿Los valientes se condenan  
tambien?
- DIABLA. Sí; pues casi siempre  
es su orgullo, su amor propio,  
lo que á reñir les impele.
- PEÑASCO. Digo, si hacía yo bien  
en ser cobarde.
- DIABLA. Tú eres...!
- PEÑASCO. ¡Si, hija! ¡yo presumia  
que es pecado ser valiente!
- DIABLA. La principal valentia  
y la que premio merece,  
no es la del que vence á otro;  
es la de aquel que prudente,  
dominando sus pasiones  
con abnegacion se vence!  
(Se cierra la derecha.)
- PEÑASCO. ¿Sabes que mas bien que diabla  
un predicador pareces?
- DIABLA. Yo te he ofrecido enseñarte,  
para que luego no peques.
- PEÑASCO. Y dime: ¿qué significan  
aquel peloton de gente  
y aquellos diablos tan feos  
que encima una cuerda tienen?

DIABLA. Esos son los que en el mundo  
pasaban por inocentes,  
y que por bajo de cuerda  
pecaban.

PEÑASCO. ¡Quién lo creyese!

DIABLA. Aquel era un juez muy recto;  
pero al mediar intereses,  
siempre por bajo de cuerda  
supo quebrantar las leyes.

PEÑASCO. ¡Cómo se lava las manos!  
¡Ya comprendo! Muchas veces  
se las untaron, y ahora  
tenerlas sucias no quiere.

DIABLA. Aquella, una virtuosa,  
vivió recatada siempre,  
muy halagada del mundo;  
modelo de las mujeres!  
Pero por bajo de cuerda  
escuchó á sus pretendientes.

PEÑASCO. ¡Cuántas veremos de estas  
por el mundo!

DIABLA. ¡Muchas vienen!  
Aquel otro es caballero  
caritativo y clemente,  
y que por bajo de cuerda  
sin que nadie lo supiese,  
con la sangre de los pobres  
aumentó sus intereses.

PEÑASCO. Ese será un usurero.

DIABLA. Es verdad.

PEÑASCO. ¡Bonita gente!  
Yo sé quien con ellos sueña  
y pesadillas padece:  
esas lechuzas humanas,  
ni fé ni conciencia tienen.

DIABLA. Aquel otro es un marido  
tierno, dócil y prudente;  
en público, enamorado  
de su mujer; muy alegre  
la prodigaba caricias  
y la colmaba de bienes;  
pero por bajo de cuerda

- la mató en muy pocos meses.
- PEÑASCO. ¡Cáspita con sus caricias!  
voy viendo que hay mucha gente  
que á la sombra de la cuerda  
grandes pecados comete.
- DIABLA. ¿Ves aquel que está de negro?
- PEÑASCO. Y que muy triste parece.
- DIABLA. Era médico en el mundo;  
y con palabras corteses  
siempre esquivaba la paga,  
pero la tomaba siempre;  
y por debajo de cuerda  
hacia sufrir al paciente,  
la enfermedad alargando  
porque visitas hubiese.
- PEÑASCO. ¡Pues vaya una cuerdecita!  
Digo que fuera excelente  
en ese mundo dichoso  
donde hay hombres y mujeres,  
poder ver por bajo cuerda  
lo que á su sombra sucede!  
(Se cierra el centro.)
- DIABLA. Ahora vamos á otra parte  
que examinar te conviene.
- PEÑASCO. ¿Y habrá tambien condenados?
- DIABLA. ¡Muchísimos!
- PEÑASCO. Me parece  
que sastres y taberneros  
mandarines y corchetes,  
rodrigones y lacayos,  
y las chismosas mujeres,  
y los soplones de oficio  
que los gobiernos mantienen,  
y otros muchos que no veo...
- DIABLA. En zahurdas diferentes  
se encuentran: sigueme.
- PEÑASCO. ¡Vamos!
- DIABLA. Todo lo veras.
- PEÑASCO. ¡Corriente!

Mutación: la decoracion primera del primer acto; con castillo, torreones, estátuas, foso y peñascos.

ESCENA IV.

LUZBEL de mujer y GABRIEL saliendo del castillo: cuando bajan, sube el puente levadizo.

LUZBEL. Ya dejamos la mansion  
sombria, lúgubre y fiera  
de la maldita hechicera:  
jensancha tu corazon!

GABRIEL. Tales cosas han pasado  
desde ayer, que ya aturdido  
no recuerdo lo que he sido!  
he dormido, y he soñado!  
Y lo mas particular  
es que discurro y que veo;  
hablo y escucho, y aun creo  
no acabé de despertar.

Yo que el mundo recorri  
sin causarme nada espanto,  
de bruja, duende ó encanto  
con frecuencia me reí.

Y me dice el corazon  
que ó lo que ví no es verdad,  
ó que duermo en realidad...  
ó qué perdí la razon!

LUZBEL. Ni la razon has perdido,  
ni tu mente embarga el sueño:  
de tu raciocinio dueño  
solo ves lo sucedido.

Aqui habita una hechicera  
con intencion despravada,  
que me ha tenido encantada  
mucho tiempo y prisionera!

GABRIEL. ¿Cómo asi ha podido ser,  
cuando burlando su afán  
tú tienes un talisman  
que supera su poder?

LUZBEL. Este talisman precioso  
que allí se hallaba encerrado,  
por tu llegada le he hallado.  
para cobrar mi reposo.

La hechicera no sabia  
que al entrar aqui un guerrero;  
un gallardo aventurero,  
sola yo lo encontraria.

GABRIEL. ¿Y por qué al hacerme entrar,  
si me es la memoria fiel,  
me dijo... «¡Entra! ¿Con Luzbel  
es con quien vas á luchar?»  
¿Cómo el talisman nombró,  
exigiéndome promesa  
de que arrostrara la empresa  
de entrar á buscarlo yo?

LUZBEL. Ese fué su error insano;  
ni estaba donde creia,  
ni al hacerte entrar, sabia  
que iba á venir á mi mano.

GABRIEL. ¿Será cierto que Luzbel  
ahí la tiene aprisionada?

LUZBEL. Ella me tuvo encantada;  
ella es el diablo, Gabriel.  
¡Marchar al punto debí  
sin volver la vista atrás!  
pero Gabriel... ¿lo creerás?  
no pude, porque te ví!  
Yo, princesa destronada  
por satánico poder,  
recobro mi forma y ser  
para amarte en amorada.

GABRIEL. ¿Tú amarme?

LUZBEL. ¡Con desvario!  
Como ama la mariposa  
á la luz esplendorosa;  
como la flor al rocío!  
¡Pasion en horas nacida!  
pero mi pecho la siente  
tan inmensa! tan vehemente,  
que es mi muerte, ó es mi vida!  
Espero con ansiedad  
de tus labios mi sentencia;  
de tí aguarda mi existencia  
la mayor felicidad;  
y si por desgracia mia

- no me amaras cual te amo,  
este fuego en que me inflamo  
sin piedad me mataria!  
Si no pagas mi pasion;  
si mi amor te causa enojo,  
este talisman arrojo  
y me vuelvo á mi prision!
- GABRIEL. ¡No! beldad encantadora;  
no pises mas el rastrillo  
de ese funesto castillo,  
que mi corazon te adora!  
Al punto huyamos de aqui;  
no quiero estos sitios ver:  
¿qué mas puedo apetecer  
si has puesto tu amor en mí?  
Si no es que me ofusca un sueño;  
si está firme mi cabeza,  
soy feliz, pues tal belleza  
me recibe por su dueño!
- LUZBEL. ¡Mi bien!
- GABRIEL. ¡Mi ilusion querida!  
Te doy desde este momento  
mi corazon y mi aliento,  
y con mi aliento mi vida!
- LUZBEL. Entonces, partamos ya!  
vamos á mi córte ahora,  
que por su reina y señora  
mi pueblo me aceptará.
- GABRIEL. Pero me acosa un cuidado.
- LUZBEL. ¿Cuidado estando conmigo?
- GABRIEL. Quisiera ver si consigo  
libertar á mi criado.
- LUZBEL. ¿Cómo?
- GABRIEL. En el castillo entró,  
no debo marchar sin él.
- LUZBEL. No temas nada, Gabriel;  
allí no está; ya salió.
- GABRIEL. ¿Que salió?
- LUZBEL. Yo le he salvado;  
á mis estados ha ido,  
donde ya por mí advertido  
mi llegada habrá anunciado.

- GABRIEL. ¿Tan pronto?  
LUZBEL. Como tú irás  
á mi reino sin demora;  
no temas por él ahora,  
porque allí le encontrarás.
- GABRIEL. Mi corazón se alborozó...  
LUZBEL. Calla, y al punto marchemos;  
en mis reinos entraremos  
al instante. ¡Mi carroza!  
(Á la voz de Luzbel, se transforma un peñasco del  
primer término en una carroza tirada por un mons-  
truo.)
- GABRIEL. ¡Oh! Me asombro sin querer  
de ese poder sobrehumano!  
LUZBEL. Ven, Gabriel, dame tu mano.  
(Subiendo con él á la carroza.)  
Será tuyo este poder.  
(La carroza parte con velocidad.)

## ESCENA V.

COJUELO.

¡Luzbel con el extranjero  
va fiado en su victoria;  
pero que triunfe no quiero!  
en nuestro combate fiero,  
no será suya la gloria!  
¡Legiones que por el viento  
obedeceis la voz mía!  
(Se llena el aire de endriagos con alas y visiones in-  
fernales: salen por distintos lados.)  
¡Vencer á Luzbel intento;  
secundad mi pensamiento!  
id á turbar su alegría!  
¡Id!... Castigad la ambición  
del altanero Luzbel.  
¡Id!... ¡Volad sin dilación!  
que hasta el trono de Pluton  
nunca llegue con Gabriel!  
(Vuelan agitando las alas las visiones y endriagos y  
se van por donde se marchó Luzbel.)  
¡Legiones que por la tierra

á mis órdenes andais,  
y cuyo poder aterra  
al mundo que tiene en guerra!  
¡Responded! ¿Adónde estais?  
(Salen todos los diablos que puedan por distintos  
lados.)

TODOS. ¡Á tus órdenes!

COJUELO. ¡Corriente!  
¡Venid que mi enojo estalla!  
(Todos se le acercan.)

UNO. ¿Contra Luzbel?

COJUELO. ¡Justamente!  
¡Destruyamos cuanto intente,  
que va á empezar la batalla!

UNO. (Con extrañeza.) ¿Batalla de diablos?

COJUELO. ¡Si!

Si el mundo es cambate eterno  
en el que siempre influí,  
¿como quieres, necio, dí,  
que haya paz en el infierno?  
Luzbel logra la privanza  
de nuestro dueño Pluton,  
si lo que proyecta alcanza;  
yo mataré su esperanza  
destruyendo su ambicion!  
(Mira á la izquierda.)

¡Aqui vienen los guerreros  
que el fuerte Ricardo envia,  
que intentan asaltar fieros  
ese castillo!... ¡altaneros;  
será vana su porfia!  
¡Vosotros, contra Luzbel;  
yo soy necesario aqui:  
id, y quitadle á Gabriel!

(Se van los diablos.)

¡Y yo á mi promesa fiel,  
al castillo, por allí!

(Baja el puente levadizo, y Cojuelo entra por él en  
el castillo.)

ESCENA VI.

BLONDEL, CLARENZAL y guerreros con escaleras altas, para asaltar el castillo.

CLAR. Conque es el castillo...

BLOND. Aquel.

CLAR. Nadie se vé en la muralla.

BLOND. Nadie.

CLAR. Llamad.

(A uno que toca una corneta. Pausa.)

BLOND. ¡No contestan!

CLAR. No sabemos quien lo guarda.

¡Há del castillo! (Pausa.)

BLOND. ¿No hay nadie dentro?

CLAR. Sin duda se callan,  
y á resistir el asalto  
en silencio se preparan.

BLOND. Pues á no perder el tiempo;  
vengan pronto las escalas,  
y por esos torreones  
subid todos sin tardanza,  
preparados á la lucha  
en las manos las espadas;  
quizá se encuentra Lionel  
tras de esas fuertes murallas  
con los suyos prisionero.

TODOS. ¡Al asalto!

BLOND. ¡Sí; con alma!

(Ponen las escalas en los torreones.)

Prevenidos, no encontremos  
al subir una emboscada.

CLAR. (Subiendo.) ¡Por San Jorge y por Ricardo!

BLOND. ¡Arriba pues!

(Van subiendo todos; al llegar arriba, se hunde todo el castillo: las escalas quedan apoyadas en cuatro diablos colosales.)

¡Virgen Santa! (Bajando.)

TODOS. ¡Los demonios! (Tirándose de las escaleras.)

CLAR. ¡El infierno!

BLOND. ¿Y el castillo?

CLAR. ¡Dios nos valga!  
(Huyen todos.)

Mutacion. Mirador del castillo, corte: coro dentro.

ESCENA VII.

ELVIRA, á poco.

CORO. ¡Los pechos que sienten;  
los ojos que lloran  
que penas deploran  
que anuncian dolor,  
revelan á voces  
que dentro del alma,  
se pierde la calma:  
se siente el amor!

Si lloras, niña,  
tu libertad,  
calma tu pena  
que la tendrás.  
Y si un diablo te persigue,  
otro diablo te valdrá!

ELVIRA. Mis ojos derraman fuego  
que en líquidas perlas brota,  
y con cada hirviente gota  
van mi paz y mi sosiego!  
Este llanto en que me anego  
y que me arranca el dolor,  
¿es por el fiero rigor  
con que el diablo me tortura,  
ó es que en tanta desventura  
me abrasa el fuego de amor?  
¿Es el triunfo de Luzbel  
el que el corazon me ha herido?  
¿Es acaso que he perdido  
la esperanza con Gabriel?  
Yo pensé alcanzar por él  
la libertad y la vida;  
hoy me encuentro reducida  
á luchar con mi quebranto;

mas ay!... No vierto mi llanto  
por mi esperanza perdida!

CORO.

(Dentro.)

Los pechos que sienten  
los ojos que lloran, etc.

ELVIRA. Mi libertad, no la quiero!  
¿qué importa la esclavitud?  
siempre tiende á la virtud  
lazos mil el vicio artero!  
Triunfar del infierno espero;  
del infierno, que me envia  
un tormento cada dia;  
una asechanza cruel!  
Pero he perdido á Gabriel,  
y le adora el alma mia!

### ESCENA VIII.

ELVIRA y COJUELO, en traje de pastor viejo.

COJUELO.

¿Tú lloras, Elvira?  
tú siempre serena  
sufriste tu pena  
con noble altivez.  
De pérfido encanto  
la víctima fuiste;  
vencida venciste,  
triunfando á tu vez!  
¿Acaso te abruma  
tan largo tormento?  
¿te falta el aliento?  
perdiste el valor?

ELVIRA.

Se aumenta mi duelo;  
se agravan mis males  
horribles, fatales,  
por fuego de amor!

COJUELO.

¿Comprendo tu pena;  
comprendo tu lloro!

ELVIRA.

¡Señor, yo le adoro!...  
partió con Luzbel!  
Burló mi esperanza

que de él dependia;  
mató mi alegría  
con muerte cruel!  
Mi ser variado;  
mi rostro fingido,  
ganar no ha podido  
su gran corazon!  
Luzbel le fascina;  
Luzbel condenado,  
le lleva, impulsado  
por falsa ilusion!

COJUELO.

No temas, Elvira,  
que pronto vencido,  
de nuevo atraido  
vendrá aqui Gabriel.

ELVIRA.

¿De qué me sirviera  
si no puede amarme?  
Si siente al mirarme  
tormento cruel!  
Si yo recobrara  
el ser que perdiera;  
si jóven me viera,  
me amara quizá!

Mas viendo mi rostro  
que afea el encanto...  
horrible quebranto!  
jamás me querrá!

COJUELO.

No puedo aunque quiera  
el rostro volverte;  
no puedo valerte  
cual quiere mi afan;  
por darte un alivio  
en tal desventura,  
con grata ternura  
te dí un talisman!  
Tambien en mi vida  
se esconde un misterio;  
tambien al imperio  
sucumbo de amor!  
Tampoco es mi rostro  
el rostro que miras;  
el diablo en sus iras

le trueca.                    ¡Qué horror!

ELVIRA.                    Te ví hace seis años  
COJUELO.                hermosa cual eres,  
de nobles mujeres  
modelo especial.  
De entonces te sigo;  
de entonces te adoro,  
y triste deploro  
tu suerte fatal!

ELVIRA.                    ¡Dios santo!

COJUELO.                Comprendo

que herida tu alma;  
perdida tu calma  
pues viste á Gabriel  
esbelto y bizarro,  
galan, peregrino,  
tu pecho divino  
se abrasa por él!  
Mas es imposible  
que logres tu anhelo;  
tu llanto, tu duelo,  
al fin calmarás.  
Yo aguardo sumiso;  
te dejo un instante,  
que jóven y amante  
despues me verás! (Váse.)

### ESCENA IX.

ELVIRA.

¡Qué es lo que pasa por mí?  
Ese anciano en quien veía  
un buen protector y un guia,  
ya no es hoy lo que creí.  
Á Luzbel, le resistí;  
siempre me encontró despierta;  
evité la infamia cierta  
con decision y esperanza!  
¡Será otra nueva asechanza  
contra mi virtud? Alerta! (Váse.)

*Rodriguez*

Mufacion: Campiña á todo foro: en el centro, matorrales que separan dos caminos: á la izquierda va el uno, que será estrecho, cubierto de zarzas y espinos á todos lados: su piso, formado de picos erizados: el de la derecha ancho, rodeado de flores deliciosas, todo lo mas pintoresco y agradable que pueda ser: su piso llano y alfombrado de verdura: toda la parte derecha del escenario, pintoresca y agradable: la de la izquierda árida y triste.

## ESCENA X.

PEÑASCO y la DIABLA 1.<sup>a</sup> por el camino ancho.

DIAB. Ya te encuentras en el mundo.

PEÑASCO. Y á la verdad que me alegro;  
despues de ver tantas cosas  
por allá por el infierno...  
tanto sastre, condenado  
por ser sison y embustero;  
tanto Judas, que aduló  
y luego vendió á su dueño;  
tanto fondista, que ha dado  
gato por liebre ó conejo;  
tanto sacristan, que en cera  
le estan los diablos cociendo;  
multitud de diputados  
que defender ofrecieron  
intereses de su patria,  
y despues en el Congreso  
limitaron su defensa  
á votar por el gobierno!

(Sale un hombre humildemente vestido, y se va muy despacio y con mucho trabajo apartando la maleza por el camino estrecho.)

Á fé que estoy mareado!  
pero escúchame; ¿qué es eso?  
¿por qué va aquel por allí  
por ese camino estrecho  
habiendo ese otro tan ancho?

DIAB. Es el camino del cielo.

PEÑASCO. Pues dígame que es vereda

espinosa con extremo.  
Pero aqui vienen en grupo  
hombres y mujeres... bueno!  
Unos cargados... de oro  
debe ser, que traen talegos.  
Otros vienen retozando  
con mujeres, y bebiendo.

## ESCENA XI.

La DIABLA y PEÑASCO. El HOMBRE 1.<sup>o</sup> en el camino estrecho, manifestando el dolor que sufre con los pinchos de las zarzas, y marchando con dificultad. El HOMBRE 2.<sup>o</sup> vestido de lujo, con una botella y una copa. El HOMBRE 3.<sup>o</sup> con el brazo echado por encima á dos mujeres compuestas. El HOMBRE 4.<sup>o</sup> y el 5.<sup>o</sup> cada uno, con dos talegos grandes de dinero.

HOMB. 2.<sup>o</sup> Aqui hallamos dos caminos.

HOMB. 3.<sup>o</sup> Pues por este tomaremos. (Señala el ancho.)

¡Eh! buen hombre! ¡Cómo va  
por ese camino estrecho  
que está tan lleno de espinas  
cuando tiene este tan bueno?

HOMB. 4.<sup>o</sup> Si para alcanzar la gloria  
mundanal, pasar debemos  
por entre espinas y abrojos  
el tortuoso sendero  
que nos desgarrá las carnes  
antes de tocar su templo,  
mucho mas debe costarnos  
hallar la gloria del cielo!

HOMB. 2.<sup>o</sup> Sigamos, que ese hombre es tonto!

HOMB. 3.<sup>o</sup> Vamos jugando!

(Se dirigen al camino ancho, haciendo lo que dicen.

HOMB. 2.<sup>o</sup> ¡Y bebiendo!

HOMB. 4.<sup>o</sup> Por aqui hay mas compañía. (Váse con ellos.)

HOMB. 5.<sup>o</sup> Es fácil que si me encuentro  
solo por esa vereda,  
me arrebaten el dinero!

(Signe á los otros, que desaparecen riendo y retozando.)

- HOMB. 1.º Soy tonto! Siempre los malos  
al que no sigue su ejemplo  
de tonto te califican,  
mientras se despeñan necios!  
(Desaparece por el fondo.)
- PEÑASCO. ¡Por allí se va á la gloria!
- DIABLA. ¡Es verdad!
- PEÑASCO. Debe ser bueno  
haber llegado; mas ir,  
costará trabajo inmenso.  
¿Y ese camino tan ancho?...
- DIABLA. Ese, conduce al infierno.
- PEÑASCO. ¡Abrenuncio!
- DIABLA. ¡Llano es;  
de hermosas flores cubierto!  
(Se oyen risas en la derecha, y un gemido en la izquierda.)
- PEÑASCO. Van bebiendo y retozando  
con gran algazara aquellos,  
entre tanto que aquel pobre  
deja en zarzas el pellejo;  
y por fin, si al cielo llega,  
es feliz, pues logra el premio;  
á buen bocado, buen grito!  
todos llegan, por supuesto,  
por esa tuerta vereda.
- DIABLA. Es segun.
- PEÑASCO. Ya no lo entiendo.
- DIABLA. Hay muchos que á la mitad  
cansados de los tormentos,  
y mirando que los otros  
marchan bien y placenteros  
por aquel camino, dejan  
la vereda que emprendieron;  
pasan al camino ancho,  
y van tambien al infierno.
- PEÑASCO. Chica, lo tendré presente  
si cuando me muera vengo;  
descuida; que aunque me pinche,  
yo me iré por el estrecho.
- DIABLA. Eso has de mirarlo en vida;  
no puedes elegir muerto.

PEÑASCO. ¿En vida?

DIABLA. Sigue la senda  
de las virtudes viviendo,  
y al morir, la senda misma  
te traerá...

PEÑASCO. ¡Al camino feo!  
Corriente!

DIABLA. Vamos ahora  
al mundo, que ya apetezco  
delicias que desconozco:  
serán placeres inmensos.

PEÑASCO. Oyes, chica: ¿tú aconsejas  
lo que no practicas luego?  
Pues mira que he visto algunos  
en las zahurdas por eso!  
¿Será cosa, dueño mio  
que vengamos acá presto  
para ese camino ancho?

DIABLA. No temas.

PEÑASCO. Si que lo temo,

DIABLA. Sígueme, y menos reparos.

PEÑASCO. Te sigo, y reparo menos. (Váase.)

Transformacion. Otro interior de las zahurdas, en toda su esplendidez. En el centro el trono de Pluton. Á gusto del pintor.

## ESCENA XII.

PLUTON, EACO, MINOS, RADAMANTO, muchos DIABLOS y DIABLAS; salen mientras se toca una música alegórica: PLUTON, se sienta en el trono: el tribunal, cerca de la grada, que será una roca.

PLUTON. Estamos de enhorabuena;  
conseguimos gran victoria,  
pues Ricardo no transige,  
y quizás quema y asola  
ahora el castillo de Nesler;  
vendrán almas, y no pocas.  
Él desechó del Pontífice  
las intimaciones todas,

y Cojuelo le inspiró;  
por lo tanto, quiero ahora  
que este triunfo, se celebre  
en mis reinos con gran pompa.  
MINOS. ¡Diablos y Diablas! ¡De oficio  
hay que alegrarse, qué importa!  
haya baile y haya fiesta,  
que así á Pluton acomoda!

Gran baile fantástico de Diablos y Diablas, con triden-  
tes ó sin ellos, segun convenga al director; al concluir  
el baile, sale Luzbel de hombre.

### ESCENA XIII.

DICHOS y LUZBEL.

LUZBEL. ¡Invicto rey del Averno,  
traicion!

PLUTON. ¿Qué dices?

LUZBEL. ¡Traicion!

¡Cojuelo con sus legiones  
á Gabriel me arrebató,  
cuando ya aqui le traia  
de mis hechizos en pos!

PLUTON. ¡Cojuelo! ¿Será posible?

LUZBEL. ¡Hay otra infamia, señor!  
una Diabla os ha robado  
á Argos engañando...

PLUTON. ¡Oh!

LUZBEL. ¡Un precioso talisman  
acaso el de mas valor!  
con él, del infierno ha huido  
con el criado simplon  
del jóven aventurero.

PLUTON. Luzbel: ¿no me engañas?

LUZBEL. ¡No!

Y porque veas que es cierto,  
mira juntos á los dos  
con la Diabla y con Elvira  
en el castillo.

(En el fondo del trono aparece un pequeño salon





---

## ACTO TERCERO.

---

Mirador del castillo de San Telmo: dejando ver montes en lontananza, y en la falda de ellos se verán las ruinas de un castillo incendiado recientemente, y del cual salen ráfagas de humo.

### ESCENA PRIMERA.

RICARDO CORAZON DE LEON y BLONDEL.

RICARDO. Supuesto que pereció  
en la sangrienta batalla  
que ya al castillo de Nesler  
tiene convertido en llamas,  
el osado usurpador  
que con descaro imperaba  
en todo este señorío  
de San Telmo, sin tardanza  
que se busque á doña Elvira;  
la jóven é ilustre dama  
que perdida, hace seis años  
llora toda la comarca.

BLOND. Se dice que sabedora  
de que Rogerio intentaba  
para ser dueño absoluto  
de su tierra asesinarla,  
y al mirarse de los suyos  
sin piedad abandonada,

huyó, y se perdió en el monte;  
no se sabe por desgracia  
su paradero, y presumen  
que quizá en region lejana  
haya muerto la infelice.

RICARDO. Es necesario buscarla,  
ó adquirir noticias ciertas;  
ella es dueña soberana  
de este castillo feudal;  
y si vive, es cosa clara  
que debe venir al punto.

BLOND. Mas si no se encuentra...

RICARDO. ¡Basta!

que se busque, y que se indague.

Quizá el temor es la causa  
de que viva oscurecida  
vertiendo abundosas lágrimas;  
mas cuando sepa que ha muerto  
el que su hacienda usurpaba,  
ya no tendrá inconveniente  
en presentarse en su casa.

Vencido Felipe Augusto  
que á Rogerio le dió alas,  
y muerto el mismo Rogerio,

que vuelva esa noble dama  
á mandar en sus dominios,  
de Felipe feudataria:

¡esto, Blondel, es justicia,  
y la justicia me agrada!

BLOND. Y despues de la victoria  
que lograron nuestras armas,  
¿seguirá la guerra?

RICARDO. Acaso  
muy pronto la paz se haga;  
quizá llegue otro legado  
á repetir la demanda  
de su Santidad; y puesto  
que ya logré mi venganza;  
que ya derroté á Felipe,  
y dentro de las murallas  
de Nesler...

BLOND. Aun se divisan

SUS RUINAS. (Mirando al foro.)

RICARDO.

Si.

BLOND.

¡Miradlas!

El humo envuelve los restos  
del castillo.

RICARDO.

Pues el Papa  
tanto empeño manifiesta  
por la paz, que por mi causa  
no se derrame mas sangre;  
que aunque haya razon sobrada,  
siempre la sangre vertida  
en la conciencia se grava.

BLOND. Mas para el que no la tiene...

RICARDO.

Lo que en mi prision amarga  
padecí; los atropellos  
de Felipe y aun sus tramas,  
ya he castigado; y supuesto  
que mi enemigo desmaya  
y para vergüenza suya  
ya vencido se declara,  
no tengo empeño en seguir  
esta guerra encarnizada.  
Ahora, hablemos de otro asunto:  
¿Sabes, Blondel, que me espanta  
que seas tan supersticioso?

BLOND.

Yo, señor...

RICARDO.

La historia rara  
del misterioso castillo  
en que Lionel se encontraba...

BLOND.

¡No es supersticion, señor!  
¡creednos! ¡cuando llegaban  
mis soldados á la altura  
de sus espesas murallas,  
despareció por encanto!

RICARDO.

Pues yo que no creo que haya  
poder sobrenatural  
mas que el de Dios, voy mañana,  
ó acaso esta misma tarde  
con mis gentes sin tardanza,  
y te juro que he de entrar  
en el castillo.

BLOND.

Con calma

meditadlo; yo os lo ruego!  
acaso el demonio...

RICARDO.

Calla!  
contra el demonio, en mi pecho  
llevo esta cruz encarnada;  
esta, que dió en Palestina  
gloria inmortal á mis armas!  
Como sois supersticiosos,  
acaso con una farsa  
han logrado fascinaros,  
que no hay en el mundo magia!  
y ansioso de convenceros,  
no demoro esta jornada.  
Ahora voy á dar las órdenes:  
sígueme.

BLOND.

Que Dios nos valga!

Mutación: Salon corto, sin puerta al foro; un retrato de  
cuerpo entero de un caballero embozado en una capa:  
otro retrato de señora, un sillón y una mesa.

## ESCENA II.

PEÑASCO.

PEÑASCO. Mi amo con la hechicera  
allá dentro se ha quedado:  
mi Diabla, fué á ver si puede  
del infierno saber algo:  
y yo mientras los salones  
del castillo paseando,  
quiero ver si el talisman  
encuentro por un acaso.  
Dicen que tiene virtud  
y poder extraordinario,  
y que por él el infierno  
ha de quedar derrotado!

LOS RETRATOS. (Se llevan el dedo á la boca y dicen.)  
Chist!...

PEÑASCO. Caramba! ¿quién cecea?  
Si alguno me está escuchando...

LOS RETRATOS. (1a.) Chist!...

PEÑASCO. Qué miro! Si son estos  
dos señorones pintados!...  
Esto sí que tiene gracia!  
y me dicen...

RETRS. (Id.) Chist!

PEÑASCO. No callo!  
Como ellos hablar no pueden,  
quieren que yo esté callado!  
Pero si tuvieran lengua...  
(Los retratos enseñan unas lenguas colosales.)  
Cáspita con los retratos!...  
qué lenguas! hay para hacer  
un magnífico estofado!...  
Si á todos los que les sobra  
les cortaran un pedazo...  
(Esconden las lenguas.)  
¿Y qué me queréis decir  
esas lenguas enseñando?  
Porque hablar no podrán.

RETRS. ¡Si!

PEÑASCO. ¡Pues quedamos enterados!

RETRATO. (De él.) Ya nos oyes.

PEÑASCO. ¡Por supuesto!  
Es que el dedo no me mamo!  
hablar unos lienzos!... vaya!

RETRATO. (De ella.) Pues ya lo estás escuchando.

PEÑASCO. Alguno que me está oyendo,  
y pretende darme un chasco;  
porque vosotros no habláis...

RETRATO. (De él.) Mucho te engañas, menguado!  
ya has visto que tengo lengua;  
ahora, mira como hablo,  
que es costumbre que conservo  
desde los tiempos de antaño!

PEÑASCO. ¡Caramba! Pues es verdad!

RETRATO. (De ella.) ¡Cómo dices que no hablo  
si soy mujer, y habladora  
debo de ser por lo tanto!  
Al decir tal desatino,  
mentiste como un bellaco!  
Yo te arrancaré los ojos!  
¡Acércate!

PEÑASCO. ¡Voy volando!  
(Huyendo al lado del otro retrato.)

LOS DOS RETRATOS. (Á un tiempo.)  
(Él.) ¿Dudaste de que yo hablara,  
mas ahora verás si hablo!  
(Ella.) ¿Por qué motivo creiste  
que hablar no nos fuera dado?

PEÑASCO. ¡Callarse! Me vuelven loco!  
si ya no dudo! Canario!  
(Los Retratos y él hablan á un tiempo y concluyen  
gritando.)

RETRATO. (De él.) Eres un necio, atrevido,  
que porque me ves retrato,  
pensaste que no podia  
decirte lo que hace al caso;  
mas de tí me he de vengar,  
aunque estoy puesto en un marco!

RETRATO. (De ella.) Ridículo lacayon,  
que es tan estúpido y sandio  
que se atreve á despreciarme  
porque me mira retrato!  
Pero juro por quien soy,  
que te has de acordar, bellaco!

PEÑASCO. ¡Callarse! Malditos sean!  
ya sé que hablais, condenados!  
Lo sé! si estoy convencido  
de que yo estaba engañado.  
¡Uif! Qué mareo! Qué bulla!  
Cargue con los dos el diablo!  
(Estos versos los dirán los tres de modo que se en-  
tiendan concluyendo á la vez gritando: al concluir  
quedan callados: Pausa, Peñasco se limpia el  
sudar)

Nunca les hubiera dicho...  
Mi garganta se ha secado;  
si tuviera una botella  
y pudiera echar un trago...

RETRATO. (Él.) Tómala! (Presentándosela.)

PEÑASCO. ¿Qué es lo que miro?

Y me la da ese retrato.  
La tomo; los cumplimientos  
ahora no son del caso.

(Toma la botella; el Retrato saca un vaso de cristal.)

Hola! ¿Y un vaso tambien?

Pues corriente! Acepto el vaso.

(Los dos Retratos sacan un vaso cada uno.)

¡Pero calle! Saca otro!

Bien, beberemos entrambos.

RETRATO. (Él.) ¿Y ella?

PEÑASCO. ¿Cómo... y ella? ¡Mas calle!

su racion está esperando!

Con que á la dama espetada

le gusta tambien el trago!

Á muchas damas conozco

que les sucede otro tanto!

(Echa vino en su vaso, que va desapareciendo, mientras se llena el vaso de él.)

¡Demonio! Se pierde el vino

al caer en este vaso.

RETRATO. (Él.) Basta!

PEÑASCO. ¿Basta? Mas qué veo?

Pues si el suyo se ha llenado

y el mio no tiene nada!

verá como se lo atrapo!

(Al ir á coger el vaso del Retrato de él, aparece vacio y se llena el de ella.)

¡Calle! se vació!... Y aquel...

aquel está rebosando.

(Va á coger el de ella y aparece vacio, y el suyo lleno.)

¡Vacio! Y el mio se llena!

Mas vale asi! Pues bebamos!

(Va á beber y queda su vaso vacio y los de los Retratos llenos.)

¡Ya se ha pasado á los suyos!

vaya un vino condenado!

(Los Retratos se beben el vino.)

¡Y mientras yo no lo pruebo

se lo beben los Retratos!

Pues mejor! En la botella!

(Va á beber y la botella vuela.)

¡Tampoco! Se fué volando!

Me alegro de no beber;

que es un vicio ser borracho!  
estoy cansado; me siento.

(Va á tomar el sillón, y sale un Diablo que coge el sillón del otro lado.)

¡A y, vino de mis pecados!

¡Hola! ¿Diablitos tenemos?

¡Pero el sillón ha agarrado:

pues yo no le suelto! Vaya!

Suéltalo tú, señor Diablo!

(Á tirar los dos, el sillón se divide en dos sillones iguales.)

¡Qué miro! Son dos sillones!...

La disputa se ha acabado!

(Se sientan los dos y se miran. Pausa.)

(Este diablillo me mira,

por quien soy que estoy temblando:

¿Será de la policía

secreteta de Pluton? .. Tanto

mirar...) y yo tengo hambre!

¿No sabes dónde habrá algo?...

DIABLO. En aquel cajón. (Señala la mesa.)

PEÑASCO. ¿Si? Gracias!

Pues verás como lo saco.

(Se dirige á la mesa; y mientras, se va el Diablo llevándose los dos sillones: Peñasco va á tirar del cajón y se abre por el otro lado, saliendo una culebra, que le da un golpe en la cabeza y se oculta.)

¡Cáspita! vaya unos juegos!

Eso no me gusta, diablo!

Pero calle, si se ha ido!

entonces... ¿quién me ha pegado?

¡Cobarde! Me dió y corrió:

pero en fin, vamos andando!

¡Toma! toma! Si el cajón

se ha abierto por este lado!

Voy á ver... Se cierra solo!

(Se cierra el cajón.)

Verá como yo lo abro.

(Va á abrirlo, y se repite el mismo juego al otro lado.)

¡Caramba! No; pues ahora  
no ha podido ser el diablo!

¿Habrá sido este señor  
que está en el lienzo pintado?

RETRATO. (De él.) ¡Tonto!

PEÑASCO. Y me dice...

RETRATO. (De él.) ¡Tonto!

PEÑASCO. Ya he oído, señor sábio!  
pero eso de que me pegue...

RETRATO. (Á ella.) ¡No ha salido de su marco!  
Bestia!

PEÑASCO. ¡Bah! Estos dos señores,  
fueron muy mal educados!  
Mas volvamos al cajon;  
se ha abierto por este lado!

(Va á él, y se cierra.)

¡Ahora se cierra tambien!...

(Se abre por el otro lado.)

Por allí se ha abierto... bravo!

(Va á él, y se cierra.)

¡Pues está bueno el tragin!

(Se abre por los dos lados.)

Con dos cajones me hallo. (Va á uno.)

Lo que es en este no hay nada;

en fin, el otro veamos! (Va al otro.)

Por aquí sale un melon!

mucho mejor fuera un pavo:

mas cómo ha de ser! cuchillo

sale tambien á su lado;

refrescaremos la boca:

con que paciencia, y partamos!

(Lo pone sobre la mesa, y cuando lo va á partir desaparece.)

¿Qué es esto? Dónde se fué?

(Mira dentro del cajon.)

¡Ah! si al cajon ha pasado:

no lo partiré en la mesa,

que no me fio; canastos!

Lo mejor es en el suelo;

(Se pone en el suelo, y él en cuclillas procurando partilo.)

¡qué duro está el condenado!

Nada! el cuchillo no entra;

pues yo he de lograr... canario!

¿Ha de poder mas que yo?

(El melon se abre con la esplosion de un tiro de mano ó petardo: él cae de espaldas.)

¡Ay! Me ha muerto! Yo estoy malo!  
este melon infernal...

¡fresco estaba el condenado!  
Mas pronto! huyamos de aqui!  
quiero buscar á mi amo!

### ESCENA III.

DICHO y GABRIEL.

PEÑASCO. Ya estoy, señor, por acá,  
y no vine sin trabajo.

GABRIEL. ¡Di! La diabla que te trajo  
á este sitio ¿dónde está?

PEÑASCO. Fué dejando mis caricias,  
que causan su afan eterno,  
para ver si del infierno  
adquiere algunas noticias.

GABRIEL. Tú que estuvistes allí,  
habrás visto buenas cosas.

PEÑASCO. ¡Estupendas; prodigiosas  
fueron las cosas que ví!  
Como en el mundo, hay envidia;  
hay despotismo infecundo;  
y lo mismo que en el mundo  
imperá allí la perfidia.

Hay un rey con su corona;  
cortesanos que le adulan,  
y demonios que especulan  
con tan egregia persona.  
Hay partidos y opiniones;  
se disputan los destinos;  
se defienden desatinos  
con sofismas por razones.  
Allí hay dos partidos...

GABRIEL. ¡Oe!

PEÑASCO. Formados por Belcebú,  
que estan á quitate tú  
para que me ponga yo.

Un diablo, el favor desea;  
otro diablo lo apetece,  
y la intriga se engrandece  
y nuevos conflictos crea.  
Hay diablo que por llegar  
al favor que tanto anhela,  
venderá á' su parentela  
si se la quieren comprar.  
Allí el gobierno es muy malo,  
y todos quieren ser reyes:  
allí no rigen mas leyes  
que contribucion... ¡y palo!  
Cuando el rey un atropello  
de los que ejercen poder  
sabe, y pretende saber  
si hubo razon para ello,  
el que hizo la tropelia  
presenta gente comprada...  
es decir, gente empleada  
que apoya su villania.  
El se da por satisfecho  
quedando en impunidad  
la feroz barbaridad,  
y al zurrado... ¡buen provecho!  
Un partido que mandó,  
segun allí me han contado,  
en su tiempo desdichado  
hasta á los diablos quemó!  
Intriga hoy, pero el mas lego  
conoce su hipocresia,  
que se acuerdan todavia  
de los palos del Manchego.  
Un numeroso partido  
por lo que contar oí,  
tambien anda por allí  
retirado y retraido.  
Esos son diablillos francos;  
quieren ley sin distincion,  
y si llega la ocasion  
me han dicho que no son mancos!  
Otras máximas se extienden  
que no admiten mejoría:

pero amigo, todavia  
por allí no las entienden:  
les falta educacion  
en politica, que crea  
la fé de la buena idea  
sin torpe equivocacion.  
y un diablo exclamaba... ¡ah!  
no me entienden... ¡esto es duro!  
¡el fruto aun no está maduro,  
pero al fin madurará!...  
Allí se imprime un papel  
que Gaceta se le nombra,  
y á la verdad que me asombra:  
no hay quien mienta mas que él.  
Tienen allí una gran olla  
donde la ambicion se estrella,  
y muchos comen de ella...  
no sé si garbanzo ó polla.  
Todos para su sosten  
ayudan... de mala gana:  
y á lo mejor hay jarana  
que concluye en somaten,  
porque es fuerza que á mal tomen  
lo que con razon condenan;  
que unos son los que la llenan,  
y otros son los que la comen:  
y con tal ansia, que infiero  
que no hay quien los satisfaga;  
¡diablo hay allí que se traga  
la comida y el puchero!  
El soberano, Pluton,  
no se ofende de oír verdades;  
él las llama necesidades  
y pega sin compasion.  
Les deja escribir y hablar  
á todos en el infierno,  
y criticar su gobierno...  
que es bastante criticar.  
Son libres á veces dadas  
para hablar cuando les toca,  
con la mordaza en la boca  
y con las manos atadas.

Yo juzgo que conocemos  
lo que en los mares sucede:  
allí vence el que mas puede:  
eso, todos lo sabemos.  
Á ver si claro me explico:  
aunque en la mar no hay quien mande,  
es sabido que el pez grande  
se traga siempre al mas chico.  
Pues lo mismo pasa allí;  
y si me apuras, con creces  
van imitando á los peces  
segun en todo lo ví.  
¡Y en aquella eterna fragua  
do tantos bienes reciben,  
se puede decir, que viven  
igual que el pez en el agua!

GABRIEL. Te confieso que el relato  
Peñasco, me ha divertido,  
aunque poco lo he entendido.

PEÑASCO. Sin hacerte desacato,  
te diré que diablos son;  
mas que nosotros alcanzan,  
y siete siglos avanzan  
en su civilizacion.  
Y que el demonio me lleve  
si yo al pensar no me fundo,  
que lo mismo andaré el mundo  
en el siglo diez y nueve.

GABRIEL. Basta: hablemos de otra cosa;  
es raro lo que nos pasa,  
y mi corazon se abrasa  
en esta lucha penosa.  
¡Ha poco el dardo de amor  
mi pecho partió en pedazos,  
y daba ciego en los lazos  
de un demonio engañador!

PEÑASCO. Pues ya no es nuevo ese mal;  
siempre el hombre se enamora;  
ángel juzga á su señora,  
y luego es furia infernal.  
El desengaño es cruel;  
pero es ocurrencia extraña,

que á ser vinieras de España  
el amante de Luzbel.  
¡Es preciso estar borracho!  
Verdad que á una diabla quiero;  
mas al fin, es hembra; pero  
enamórase de un macho!

GABRIEL. ¡No te burlos de mi afán!

PEÑASCO. Siempre has de andar en amores;  
no extraño que te enamores  
de la burra de Bálán.

GABRIEL. Y esa Elvira...

PEÑASCO. ¿Otra te pego?  
¿Tambien le gusta la vieja?

GABRIEL. Terrible dolor la aqueja.

PEÑASCO. Que no te aqueje á tí luego...

GABRIEL. Ella viene: vete tú,  
que hablarla á solas pretendo.

PEÑASCO. ¡Mira, que me estoy temiendo  
que ella es otro Belcebú!

No te fies de su modo;  
que aunque un refran aconseja  
y dice... «Gallina vieja  
hace buen caldo»... ¡Con todo!

¡Tal refran á mi entender  
sí con razon se axamina,  
nos convendrá en la gallina;  
pero nunca en la mujer!

#### ESCENA IV.

GABRIEL y ELVIRA.

GABRIEL. Celebro vengais ahora.

ELVIRA. ¿Teneis que hablarme, Gabriel?

GABRIEL. ¡Tengo una duda cruel  
que quiero aclarar, señora!  
Sois la hechicera que mora  
en esta triste mansion,  
y debeis darme razon,  
pues por vos he entrado en ella,  
de este tormento, que huella  
sin piedad mi corazon!

ELVIRA. ¿Conque una duda?

GABRIEL. ¡Fatal!

ELVIRA. Lo sé; vuestro pecho ha herido  
con intento fementido  
un espíritu infernal.  
¿Vos el remedio del mal  
que sufre esta desdichada  
que vive desesperada  
podeis hallar decedido,  
quedando Luzbel vencido  
y yo por vos libertad!  
Sois un hombre de valor;  
pero hay empresas fatales,  
que acometen los mortales  
impulsados por amor.  
¡Mas ese mágico ardor  
que embriaga y alucina  
y que en el pecho germina  
de vos no puedo esperar,  
que en mí, no podeis hallar  
esa inspiracion divina!  
No he dado en mi corazon  
á tal esperanza abrigo;  
y si estas frases os digo,  
tengo sobrada razon.  
Os ví desde el torreón;  
y pensé que tal guerrero,  
á una dama, placentero  
supiera salvar galante;  
pero ¡ay! en vos, el amante  
se antepone al caballero!  
¡Yo contemplé en cierto dia  
á un niño, que guardó ufano  
brillante azogue en su mano,  
con infantil alegria!  
¡El inocente corria  
loco, apretando con fé:  
y á poco rato, observé  
el dolor en su mirada;  
que de la mano cerrada  
el azogue se le fué!  
Como aquel niño guardó

el voluble mineral,  
mi pecho para mi mal  
una esperanza abrigó.  
¡En esto Luzbel llegó  
vestido con falso aïño;  
conquistó vuestro cariïo  
con infernal asechanza,  
y se marchó mi esperanza  
como el azogue del niño!

GABRIEL. ¡Señora, al entrar aqui  
por amor propio impelido,  
de vuestra pena atraïdo  
porque vuestro acento oï,  
formal mi palabra os dí  
á fuer de noble y galan,  
de buscar un talisman:  
vino luego una hermosura,  
y presa de su ternura  
la seguí con loco afan!  
El náufrago que arrebató  
de las olas la corriente  
y lo envuelve de repente,  
entre su espuma de plata,  
aunque vé que le maltrata  
y le conduce á morir,  
desconcertado al sufrir  
inexplicable tormento,  
sigue su impulso violento  
sin poderlo resistir.

Asi el poder infernal  
superando á mi firmeza,  
me arrastraba con fiereza  
al infierno por mi mal.  
¡Si yo á su influjo fatal  
resistirme no podia,  
no olvidaba mi hidalguia  
una palabra empeñada;  
que os dejaba abandonada,  
mientras el alma perdía!

ELVIRA. Por eso era mi afliccion;  
por eso mi amarga pena:  
¡cómo contemplar serena

Gabriel vuestra perdicion?  
Mi angustiado corazon,  
mi abandono no lloraba;  
mis lágrimas derramaba  
por vuestra infelicidad:  
mi perdida libertad...

GABRIEL. ¡oh! Gabriel!... ¿qué me importaba?  
¿Era por mí vuestro llanto?  
¿por mí vuestra amarga pena?

ELVIRA. Ver que alguno se condena,  
¿no nos ha de dar espanto?

GABRIEL. ¿Mas tanto, señora?

ELVIRA. ¡Tanto!

¡Y con justicia sufrí,  
porque os hice entrar aquí:  
esto Gabriel me angustiaba,  
y mi conciencia clamaba  
que os condenabais por mí!

GABRIEL. ¡Me hablais con tal expresion;  
con tan seductor acento,  
que con latido violento  
palpita mi corazon!

¡Se confunde mi razon;  
os miro; os oigo á la vez;  
veo ternura y altivez:  
horrible duda me acosa;  
que esa voz armoniosa,  
no es la voz de la vejez!

ELVIRA. ¡Hay perla de mucho precio,  
que se esconde en concha ruda;  
si el hombre tuviera duda,  
la mirara con desprecio:  
mas lo sabe, y hace aprecio  
de la alhaja antes de verla;  
anhelando poseerla,  
rompe la concha cruel:  
pensad con calma, Gabriel!

GABRIEL. ¡La concha, oculta á la perla!  
No se qué pensar...

ESCENA V.

DICHOS y COJUELO de anciano.

COJUELO. ¡Elvira!

ELVIRA. ¿Vos, señor?

GABRIEL. ¿Quién?

COJUELO. Hace tiempo  
que has creído ver en mí  
un protector.

GABRIEL. ¿Cómo?

ELVIRA. ¡Es cierto!

COJUELO. Pues, Elvira, te engañaba  
astutos lazos tendiendo  
á tu virtud.

GABRIEL. (Empuñan' o.) ¡Miserable!

COJUELO. ¡Menos altivez, mancebo!  
¡No soy hombre, como tú,  
y aquí es inútil tu acero  
para atentar á mi vida!

ELVIRA. ¿Quién sois?

COJUELO. ¡El Diablo Cojuelo!

(Se transforma el traje de pastor en el de diablo.)

ELAIRA. } ¡Qué asombro!

GABRIEL. }

COJUELO. Si me descubro

sin conseguir mis intentos,  
es porque Luzbel altivo  
me ha vencido en el infierno.  
Pluton por él se decide,  
y mis amigos perversos  
á su bando se han pasado  
al mirarle en valimiento;  
que lo mismo que en el mundo  
sucede por el infierno:  
todos del árbol caído  
hacen leña placenteros.

GABRIEL. ¡Lo que me contó Peñasco!

COJUELO. ¡Sucumbiré sin remedio!  
mas antes de sucumbir  
he de frustrar sus intentos,

y caeré quitando antes  
sus conquistas al averno!  
Partidario de virtudes,  
ni lo soy, ni puedo serlo;  
pero el que se ve perdido  
se agarra de un clavo ardiendo.  
Por lo pronto en Normandía  
se acabó el azote fiero  
de la guerra; de Pluton  
dejo burlado el empeño.

GABRIEL. Felipe Augusto y Ricardo...

COJUELO. Por mí las paces han hecho;  
porque influí con astucia  
há poco en sus pensamientos.  
Ved cómo en Ruan celebra  
alegre la paz el pueblo.

Se abre el foro, dejando ver en panorama la plaza de Ruan con colgaduras en los balcones, completamente iluminada: multitud de caballeros y señoras en balcones y ventanas: gentío inmenso en la plaza, hogueras, etc.

El pueblo la guerra siente  
y la llora sin consuelo:  
de los reyes las discordias;  
sus ambiciosos intentos,  
todo lo paga su sangre;  
lo costea su dinero!  
Allí entra Felipe Augusto  
y le acompaña su ejército!

Se ve en el cuadro á Felipe Augusto á caballo, seguido de generales y jefes id , y detrás el ejército: van pasando á la vista del público, mientras se oye lejana una marcha guerrera y vivas. Al concluir el paso de las tropas se cierra el fondo, quedando como antes.

GABRIEL. ¡Qué sorpresa!

COJUELO. Esos clamores  
son oprobio del infierno,  
y yo con ellos me gozo  
porque con ellos me vengo!  
Ahora seguidme al instante;

al subterráneo bajemos,  
que allí el talisman se esconde  
que puede á salvo ponerlos  
de Luzbel y de Pluton!

GABRIEL. ¡Oh, sí!

ELVIRA. ¡Vamos!

COJUELO. ¡Al momento!

Mutacion. Selva muy corta.

## ESCENA VI.

La DIABLA y PEÑASCO.

PEÑASCO. ¿Tú sabes lo que imagino?  
que yo he sido un mentecato  
en quererte; que eres diabla  
que te vas á picos pardos!

DIABLA. Pero atiende.

PEÑASCO. ¡No, señora!

Yo no estoy conforme; ¿estamos?  
que aunque bonachon parezco  
no desciendo de venados;  
y cuidadito conmigo,  
porque si yo me amostazo...

DIABLA. ¿Qué harás?

PEÑASCO. Buscar acebuche,

que es un remedio muy sabio:  
si piensas porque eres diabla  
que tus diabluras te paso,  
será segun y conforme:

¡mira que yo soy muy bravo!

No bravo como tú piensas;

que si existen mas de cuatro

que bravamente bravean

contra pobres desarmados,

yo bravearé contra tí

aunque tienes poder bravo;

porque el poder del demonio

es un poder temerario,

que contra viento y marea

viene ejerciendo; y al cabo

- el mas bravo de vosotros  
al fin caerá de su asno!
- DIABLA. Pero, Peñasco, ¿á qué viene  
todo lo que estás hablando?
- PEÑASCO. Te marchaste esta mañana,  
y yo te esperaba en vano;  
gracias que yo no sé cómo  
he venido hasta este campo,  
en donde sola te encuentro.
- DIABLA. ¿No conoces, mentecato,  
que mi poder te ha traido?
- PEÑASCO. ¡Tu poder! ¿cómo?
- DIABLA. Es exacto.  
Si para saber noticias  
del infierno tardé tanto,  
es porque temo perderte.
- PEÑASCO. (Asustado.) ¿Cómo perderme?
- DIABLA. Es el caso  
que el robo del talisman  
que pude coger á Argos,  
lo ha sabido al fin Pluton;  
y furioso con sus diablos  
contra mí y contra Cojuelo,  
que tambien se ha revelado,  
hoy apresta sus legiones  
para venir á buscarnos,  
y no podremos vencer  
á tan feroces contrarios.
- PEÑASCO. Dime; si somos vencidos  
¿qué le pasará á Peñasco?
- DIABLA. La caldera de Botero  
te tendrá por suyo.
- PEÑASCO. ¡Rayos!  
¡Tú no me ofrecistes eso!  
¡yo me doy por engañado!  
Qué diablo... digo... ¡qué diablo!
- DIABLA. No me rindo sin embargo;  
veremos si alguna idea  
puede sacarme del paso.  
¡Ahora sigueme!
- PEÑASCO. ¿Mas dónde  
me llevas? ¡tiemblo de espanto!

Yo que el miedo habia perdido  
al verme por tí escudado,  
me voy volviendo á Tembleque.

DIABLA. No temas, ven sin reparo.

PEÑASCO. Voy sin reparo y lo siento;  
estoy débil y me caigo;  
y si un reparo tuviera  
que me reparara algo!...

DIABLA. Pues sigues la suerte mia,  
no desmayes, y ten ánimo!

PEÑASCO. ¡Ánimo, valor y miedo!  
¡si yo soy muy esforzado!

DIABLA. Mas tengo yo que temer;  
que tú pagas frito.

PEÑASCO. ¡Claro!

freirme es una friolera;  
no sé por qué temo tanto:  
la suerte del boqueron  
la quisieran mas de cuatro;  
y me pondrán en manajo  
fritito con otros cuantos!

DIABLA. Sígueme ya, que interesa.

PEÑASCO. ¡Oh diabla de mis pecados!  
pero si al fin eres hembra,  
¿qué me has de dar sino engaños! (Vánse.)

Mutación. Interior de una caverna, la techumbre figura ser de piedra iman, el resto de rocas: entrada á la derecha. Salen la Diabla y Peñasco.

DIABLA. ¡Entra aquí, que esos guerreros  
pienso que nos buscan: vamos!

PEÑASCO. ¡Demonio! ¡qué oscuridad!

DIABLA. Mucho temo que sean diablos  
que vestidos de armadura  
nos persiguen disfrazados.

PEÑASCO. ¿Y aquí estaremos seguros?

DIABLA. Quizá pasarán de largo.

PEÑASCO. Pero dí; ¿qué cueva es esta  
que tiene un aspecto extraño?

DIABLA. La caverna del iman;  
su techumbre se ha formado

de esa piedra, y toma el nombre  
de esta circunstancia.

PEÑASCO. ¡Es raro!

Es decir, que es piedra iman  
ese tremendo peñasco.

(La Diabla observa á la entrada.)

DIABLA. Justamente: ¡pero calla!

los guerreros han pasado

segun creo: voy afuera;

aguarda aqui breve rato;

quiero ver si son guerreros

ó como malicio diablos.

PEÑASCO. ¿Y me vas á dejar solo?

DIABLA. Descuida, que poco tardo. (Váase)

### ESCENA VII.

PEÑASCO, á pcco cuatro GUERREROS.

PEÑASCO. ¡Ay! ¡Si en esta oscuridad

yo tengo horrible miedo!

¡aqui aguardarme no puedo,

híce una barbaridad!

¿Quién me mandó ser consocio  
de esa diablilla hechicera?

¡ay! ¡Suceda lo que quiera,

este ha sido mal negocio!

¡Yo tiemblo! Si me parece

que andan por aqui visiones;

y algunas apariciones...

¡ay de mí! ¡mi miedo crece!

(Se presenta en un lado una cara disforme.)

¡Qué cara! ¡Dios poderoso!

¡Miremos á este otro lado!

(Vuelve á reproducirse otra vision.)

¡Aqui tambien! ¿Qué he mirado?

¡qué bicho mas horroroso!

¡Vamos! ¡Yo no estoy aqui!

¡el aire libre prefiero,

y me largo... porque quiero!

(Llega á la entrada y al oír la voz dentro retrocede;

desaparece la vision.)

- VOZ. (Dentro.) ¡Vedle!  
OTRA. (Id.) ¡Matadle!  
PEÑASCO. ¡Ay de mí!  
Los guerreros, soy perdido! (Temblando.)  
VOZ. ¡Entremos!  
PEÑASCO. ¡Malo me he puesto!  
UN GUERRERO. ¡Por aquí!  
(Salen los cuatro y se dirigen á Peñasco; y atraídas las armaduras por el iman, suben quedándose sujetos al techo.)  
¿Pero qué es esto?  
LOS CUATRO. ¡Socorro!  
PEÑASCO. ¡Os habéis lucido!  
Si sois diablos del infierno  
ó veteranos soldados,  
estais bien asi; colgados  
como melones de invierno!  
¡Bien empleado os está!  
entrasteis, como matones,  
y quedais como melones.  
Conservarse bien. ¡Já! ¡já! (Se va riendo.)

Mutacion. Subterráneo corto.

## ESCENA VIII.

ELVIRA, COJUELO y GABRIEL.

- COJUELO. Aquí debe ser.  
ELVIRA. ¿Aquí?  
COJUELO. La tradicion nos relata  
que aqui el talisman existe  
que acabe vuestra desgracia.  
Dice al par, que hallarle puede  
si á este subterráneo baja,  
un osado aventurero  
de intrepidez y arrogancia.  
GABRIEL. Pues al que su busca emprenda  
¿qué peligro le amenaza?  
¿es lidiar con endriagos  
ó con fieras africanas?  
Como ellos sean vulnerables,

- al cinto traigo mi espada,  
y no me arredran peligros;  
corazon me sobra y alma!
- COJUELO. ¡Lo sé!  
ELVIRA. (¡Corazon le sobra!  
tal vez para mí le falta!)
- GABRIEL. De acometer esta empresa  
á Elvira la dí palabra,  
y aunque muera, he de cumplirla!
- COJUELO. ¿Morir por ella?
- GABRIEL. ¿Te espanta?  
Es costumbre de españoles  
ser galantes con las damas,  
y sin reparar peligros  
á defenderlas se lanzan!
- COJUELO. ¡Haces bien en defender  
á Elvira, porque te ama!
- ELVIRA. ¡Calla!
- GABRIEL. ¿Qué dices?
- COJUELO. Elvira,  
yo perderte meditaba:  
mas vencido por Luzbel,  
quiero ahuyentar su esperanza,  
y quitarle la victoria  
de que condene tu alma!  
Sí, Gabriel; esta señora  
es la dueña soberana  
de los estados feudales  
que de San Telmo se llaman;  
cuando el talisman parezca...
- ELVIRA. ¡Ah!...
- COJUELO. La verás transformada  
en su ser; jóven y bella;  
porque es su hermosura tanta,  
que te has de quedar absorto  
y encantado al contemplarla.
- ELVIRA. No soy tan bella, Gabriel,  
cual ponderan sus palabras.
- GABRIEL. ¡Elvira! ¿Será verdad?  
Mi corazon presagiaba  
por su voz armoniosa;  
por ese timbre que encanta,

- el misterio que á mi vista  
no sé por qué lo ocultaba.
- COJUELO. No la permite el encanto  
decirte la verdad clara;  
pero yo decirla puedo,  
porque mi lengua no ata!
- GABRIEL. ¿Dónde está ese talisman?  
¡Dímelo pronto! ¿Qué tardas?  
lucharé contra el infierno,  
si el infierno es quien lo guarda!
- COJUELO. No les es dado á los diablos  
guardarle, que de él se espantan;  
antes, quisiera extinguirlo  
en todo el mundo su rabia!
- GABRIEL. ¿Qué prenda es la que contiene  
esa virtud sobrehumana?
- COJUELO. Gabriel; ese talisman  
se encierra en una palabra;  
yo pronunciarla no puedo;  
piensa; discurre con calma!  
en aqueste subterráneo  
está escrita, y hay que hallarla.
- GABRIEL. ¿Pero dónde?
- COJUELO. No lo sé.
- ELVIRA. ¡Este misterio me espanta!
- COJUELO. Ya hice lo que hacer pude;  
vendo al infierno y mi raza,  
tan solo por conseguir  
el placer de la venganza!
- GABRIEL. ¿Una palabra?
- ELVIRA. Gabriel,  
no te expongas.
- GABRIEL. ¡Tú me amas!
- ELVIRA. Por eso, si ha de costarte  
la vida aquesa palabra,  
prefiero seguir penando  
en el castillo encantada!

ESCENA IX.

DICHOS, la DIABLA y PEÑASCO.

DIABLA. ¡Cojuelo! ¡Estamos perdidos!

COJUELO. ¿Tú aquí?

DIABLA. También revelada  
como tú contra Pluton,  
vengo, Cojuelo, con ansia  
de avisarte del peligro  
que al momento nos amaga.  
Luzbel, el infierno entero,  
va á llegar á esta morada!

ELVIRA. ¡Gran Dios!

COJUELO. ¡Estamos perdidos!

y ese talisman... ¡oh, rabia!

PEÑASCO. ¡En buen lance nos hallamos!

Si estuvieras en España  
y no hubieramos venido  
á buscar aquí batallas,  
esta de diablos feroces,  
á la verdad, no encontraras.

GABRIEL. Primero que sucumbir,  
yo juro que con mi espada...

(Desenvaina la espada: y la hoja se transforma en  
culebra.)

PEÑASCO. ¡Espaditas al infierno!...

GABRIEL. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Gabriel del alma!

COJUELO. ¡Aqui no sirve el valor,  
Gabriel!

DIABLA. ¡No sirve de nada!

PEÑASCO. Ya verás como nos frien  
como á las tortas de Pascua,  
ó como á sardinas frescas.

GABRIEL. ¡Cállate, necio! ¿Qué hablas?

PEÑASCO. Nada, que me veo en manojo!

DIABLA. (Á Cojuelo.) ¡Formemos una alianza!

PEÑASCO. (¡Buena será! lindas cosas  
harán entre diablo y diabla!)

COJUELO. ¡Es inútil! Los dos solos,

no podemos lograr nada!

DIABLA. Ese talisman...

GABRIEL. Mas ¿cómo  
poder hallarle? No alcanza  
mi razon, cuales serán  
esas precisas palabras.

LUZBEL. (Dentro.) ¡Ningunas! ¡Estais perdidos!  
¡nadie á libertaros basta!

DIABLA. } ¡Luzbel!  
COJUELO. }

PEÑASCO. ¡La hemos hecho buena!

LUZBEL. (Dentro.) Venid, que Pluton os llama!

Mutacion. El bosque del Espanto: el poco cielo que se  
vea, nebuloso y sombrío. Todos los troncos de los  
árboles dejarán ver formas humanas, figurando ser  
condenados convertidos en árboles.

ELVIRA. ¡Cielos!

GABRIEL. ¡Gran Dios!

PEÑASCO. ¡Uif! ¡Qué miedo!

Dime, Diabla; ¿dónde estamos?

DIABLA. ¡Insensato! ¿No lo ves?  
en el bosque del Espanto.

PEÑASCO. ¡Por mí lo voy conociendo,  
porque ya estoy espantado!

COJUELO. ¡Mira los remordimientos!

DIABLA. ¡Las penas!

PEÑASCO. ¡Bastantes paso!

COJUELO. ¡La muerte! ¡La guerra!

PEÑASCO. ¡Aprieta!

con buena gente topamos.

DIABLA. ¡Y la discordia!

ELVIRA. ¡Ay, Gabriel!

COJUELO. ¡Á mí, legiones que os llamo!

¡No contestan!

DIABLA. ¡Talisman

que hasta aqui me has amparado!

COJUELO. ¡Nuestro poder no funciona!

DIABLA. ¡Es verdad!

COJUELO. ¡Luchar es vano!

PEÑASCO. ¿Qué es eso, luchar querian?

ELVIRA. ¡pues para luchas estamos!  
Gabriel, de tu perdicion  
yo soy la causa.

GABRIEL. ¡Te amo,  
y feliz me considero  
como me pierda á tu lado!

PEÑASCO. ¡Sin comerlo ni beberlo,  
yo me pierdo por entrambos!  
¡Aqui viene don Pluton,  
y con su córte de diablos!

### ESCENA X.

DICHOS, PLUTON, LUZBEL y muchos diablos.

PLUTON. Al infierno habeis venido  
por mi poder impulsados.

PEÑASCO. (¡Maldito tu poder sea!  
yo de miedo estoy temblando!)

PLUTON. ¡Ya en el Estigio os aguarda  
Caron; mas antes, os hago  
comparecer ante mí  
en el bosque del Espanto!  
¡Cojuelo, rebelde ha sido  
con intento temerario,  
y esa diabla, un talisman  
con astucia me ha robado!

LUZBEL. ¡Cojuelo, á Felipe Augusto  
y á su vencedor Ricardo,  
les ha inspirado la paz  
tus pretensiones burlando!  
¡Cojuelo llevó á Gabriel  
y á Elvira hasta el subterráneo  
donde el talisman se halla,  
que pudiera aniquilarnos!

COJUELO. ¡Es cierto! yo tu ambicion  
quise contrariar osado;  
¡Pluton es parcial contigo  
mis servidios olvidando,  
y al sucumbir por tu intriga  
quise sucumbir vengado!

PLUTON. ¡Prended al punto á Cojuelo,

y sin compasion llevado  
al horrible calabozo  
donde á los rebeldes guardo!

(Se llevan á Cojuelo.)

PEÑASCO. ¡Pues si hay consejos de guerra  
tambien aquí, va aviado!

LUZBEL. Esa Diabla se llevó  
sin tu permiso á Peñasco...

PEÑASCO. ¡Aquí entro yo!

LUZBEL. ¡Traicionera,  
por un amor insensato!

PEÑASCO. ¿Me envolverán en harina,  
ó me freirán rebozado?

PLUTON. ¡Llevad tambien á esa Diabla!

DIABLA. ¡Piedad, señor! ¡Oh! ¡Peñasco!

PEÑASCO. Pues á buena parte acudes:  
¿y á mí quién me vale?

PLUTON. ¡Vamos!  
¡Obedeced!

DIABLA. ¡Ay de mí! (Se la llevan.)

PEÑASCO. ¡Se acerca el momento amargo!

PLUTON. Elvira, que no pecó,  
no puede entrar en el Tártaro;  
irá á los Campos Eliseos!

PEÑASCO. ¡Donde estarán esos Campos?

PLUTON. ¡Esa es la ley!

PEÑASCO. (Y el que manda  
¿cumple aquí leyes? ¡Es raro!  
pues por el mundo, es sabido  
que no sucede otro tanto!)

PLUTON. Gabriel condenado sea,  
que ya pecó por tu engaño.

PEÑASCO. ¡Ay, amo del alma mía!

ELVIRA. ¡Oh! ¡Que van á separarnos!

GABBIEL. ¡Infame, que torpe abusas  
de tu poder insensato!

PLUTON. ¡Miserable!

DIABLOS. ¡Á la calderá!

(Pluton habla con los Diablos dándoles órdenes.)

ELVIRA. ¡Ay, Gabriel!

PEÑASCO. ¡Ya lo ha enmendado!

GABRIEL. Aquellas palabras... ¡oh!

- Dios que nos está mirando  
y que vé nuestra amargura,  
¿cómo puede abandonarnos?
- PLUTON. ¡Silencio! ¡Pronto á Gabriel  
y á esa mujer separadlos!
- ELVIRA. ¡Gabriel (Á brazándose.)
- GABRIEL. ¡Elvira!
- PEÑASCO. ¡Señor!  
¡Ya veis, mi querido amo!  
las valentías pasadas  
nos dan un soberbio pago!
- PLUTON. ¡Obedeced!
- GABRIEL. ¡Dios bendito!  
¡Talisman necesitamos  
para vencer al infierno  
y hacer de Pluton pedazos  
el cetro que ostenta altivo!
- LUZBEL. ¡Inútil será tu llanto!
- GABRIEL. ¡Creo en tí! *La fé* nos valga,  
que es talisman del cristiano!  
(Trueno horrible: desaparece el bosque quedando  
una magnífica galería árabe en el castillo de San Telmo,  
por la que se vé un suntuoso jardín. Elvira aparecerá jóven y bella en lujoso traje de córte: todo  
instantáneo.)
- LUZBEL. ¡La palabra! (Húndese por escotillon.)
- PLUTON. ¡Maldicion! (id.)
- ELVIRA. ¡Está deshecho el encanto!
- GABRIEL. ¡Oh sorpresa!  
(Empiezan á bajar por las escalinatas Ricardo, Blandel, Clarenzal, guerreros, caballeros y pueblo y damas.)
- ELVIRA. ¡Tuya soy,  
puesto que tú me has salvado!
- PEÑASCO. ¡Hola! ¡Miren la hechicera,  
qué maja!
- GABRIEL. ¡Calla!
- PEÑASCO. ¡Ya callo!

## ESCENA ÚLTIMA.

ELVIRA, GABRIEL, PEÑASCO, RICARDO, BLONDEL, guerreros,  
pajes, damas, caballeros y pueblo.

RICARDO. Bella Elvira, habeis venido  
por fin á vuestros estados;  
caballeros y soldados  
vuestra venida han sabido:  
Muerto Rogerio, no habrá  
quien con una inícua guerra  
os dispute vuestra tierra;  
y si al veros sola...

ELVIRA. (Con alegría apretando la mano de Gabriel.)  
¡Ah!

RICARDO. Atenta á vuestro reposo  
alguno determinado...

ELVIRA. Señor, escudo he encontrado  
en la espada de mi esposo.

(Siguen hablando los tres.)

PEÑASCO. ¡Se va á casar! Muy mal hace.  
¡Pobre Señor! ¡Quién dijera...  
pero en fin su sino era,  
y así... requiescant in pace!

ELVIRA. ¡Ya de la ventura en pos  
iremos siempre los dos,  
con nuestro cariño eterno;  
que poco puede el infierno,  
donde está la fé de Dios!

FIN.

## ADVERTENCIA.

---

Por enfermedad de doña Josefa Fernandez, ensayó el papel de la Diabla 1.<sup>a</sup> la señorita Navarro y se la puso en el reparto: pero aliviada de su indisposicion, lo ha estrenado la señora Fernandez.

REVUE

Journal de la Société de la République

ADVERTISSEMENT

Le Journal de la Société de la République a l'honneur de vous annoncer que, par suite de la démission de son directeur, M. [Nom], il a été nommé directeur M. [Nom].

Le Journal de la Société de la République continue à paraître régulièrement et à offrir à ses abonnés les mêmes avantages qu'auparavant.

## OBRAS DRAMÁTICAS

DE

### DON ENRIQUE ZUMEL.

- LA PENA DEL TALION..... Drama en cinco actos, en prosa.  
LA CAPILLA DE SAN MAGIN... Drama en cuatro actos, en verso.  
EL PILOTO Y EL TORERO..... Juguete cómico en un acto, en verso.  
EL HIMENEO EN LA TUMBA.... Drama de magia en cuatro actos, en verso.  
GUILLERMO SAKSPEARE..... Drama en cuatro actos y prólogo, en verso.  
UNA DEUDA Y UNA VENGANZA.. Drama en cuatro actos, en verso.  
ENRIQUE DE LORENA..... Drama en cinco actos, en verso.  
ENRIQUE DE LORENA (2.<sup>a</sup> parte). Drama en cinco actos, en verso.  
LA MALDICION..... Pensamiento dramático en un acto, en verso.  
UN VALIENTE UN BUEN MOZO... Juguete en un acto, en verso.  
EL GITANO AVENTURERO..... Comedia en tres actos, en verso.  
UN SEÑOR DE HORCA Y CUCHILLO. Drama en tres actos, en verso.  
LA BATALLA DE COVADONGA... Drama en tres actos, en verso.  
GLORIAS DE ESPAÑA..... Drama en cuatro actos, en verso.  
PEPA LA CIGARRERA..... Zarzuela en un acto, en verso.  
8200 MUJERES POR DOS CUARTOS. Disparate cómico en un acto, en prosa.  
LLEGÓ EN MARTES..... Juguete cómico en un acto, en verso.  
EL TRASPASO..... Juguete cómico en un acto, en verso.  
VIVIR POR VER..... Zarzuela en tres actos, en verso.  
AQUÍ ESTOY YO..... Zarzuela en un acto, en verso.  
LA CASA ENCANTADA..... Zarzuela en dos actos, en prosa.  
EL SEGUNDO GALAN DUENDE... Comedia en tres actos, en verso.  
EN COJERA DE PERRO Y LÁGRIMAS  
DE MUJER, NO HAY QUE CREER. Comedia en un acto, en verso.  
VAYA UN LIO..... Juguete cómico en un acto, en verso.  
DIEGO CORRIENTES (Segunda parte.) (Segunda edición)..... Drama en tres actos, en verso.  
LA GRATITUD DE BANDIDO.... Drama en un acto, en verso.  
JOSÉ MARIA..... Drama en siete actos, en verso.  
QUIEN MAL ANDA MAL ACABA (Se.

- gunda parte de José Maria) . . . . Drama en tres actos y en verso.
- LA VOZ DE LA CONCIENCIA . . . . Drama en tres actos, en verso.
- EL DESEADO PRÍNCIPE DE ASTURIAS . . . . . Loa, en verso.
- L. N. B. . . . . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- LOS GUANTES DE PEPITO . . . . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- IMPERFECCIONES . . . . . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- UN REGICIDA . . . . . Comedia en un acto, en verso.
- VIVA LA LIBERTAD! . . . . . Juguete cómico en tres actos, en verso.
- ÁBRAME USTED LA PUERTA . . . . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- EL MUERTO Y EL VIVO . . . . . Juguete cómico en tres actos, en verso.
- LAURA . . . . . Melodrama en tres actos, en verso.
- SERÁ ESTE? . . . . . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- SI SABREMOS QUIÉN SOY YO? . . . . Juguete cómico en tres actos, en prosa.
- LAS RIENDAS DEL GOBIERNO . . . . Juguete cómico en tres actos y en verso.
- DOÑA MARIA LA BRAVA . . . . . Drama histórico en tres actos y un epílogo.
- LA HIJA DEL ALMOGÁVAR . . . . . Drama en tres actos y en verso.
- OTRO GALLO LE CANTARA . . . . . Comedia en tres actos y en verso.
- BATALLA DE DIABLOS . . . . . Comedia de magia en tres actos y en verso.
- UN HOMBRE PÚBLICO . . . . . Comedia en tres actos y en verso.

### OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- LOS DOS GEMELOS . . . . . Novela original en un tomo.
- EL AMANTE MISTERIOSO . . . . . Novela original en un tomo.
- AMORES DE FERROCARRIL . . . . . Leyenda original.
- LA BATELERA . . . . . Poema original.

Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid a vista de pájaro  
Miel sobre hojuelas.  
Mártires de Polonia.  
¡¡María!! ó la Emparedada.

Negro y blanco.  
Ninguno se entiende, ó un hom-  
bre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á rio revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las\* de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premios y castigo, ó la conquista  
de Ronda.

¡Que convidó al Coronell...  
Quien mucho abarca.  
¡Que suerte la mía!  
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un político en calzas prietas.  
Un huésped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco.  
Uno de tantos.

Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitanciana.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un sí y un no.  
Una lágrima y un beso  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicida!  
Un marido cogido por los cabe-  
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Céiro y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
veedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calesero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Ceuta y en Marruecos.  
El león en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*).  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La foca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*).  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena .....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruczo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.